

Historia estimable de estas tierras

LOBSANG CASTAÑEDA



narrativa

Historia estimable de estas tierras

Lobsang Castañeda obtuvo el premio único de cuento en el segundo Certamen Literario “Laura Méndez de Cuenca”, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través de la Secretaría de Cultura y del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2017. El jurado estuvo integrado por Vicente Alfonso, Édgar Omar Avilés e Imanol Caneyada.

COLECCIÓN LETRAS



narrativa

LOBSANG CASTAÑEDA

Historia estimable
de estas tierras



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Alejandro Fernández Campillo
Secretario de Educación

Marcela González Salas y Petricioli
Secretaria de Cultura

CONSEJO EDITORIAL

Presidente

Sergio Alejandro Ozuna Rivero

Consejeros

Rodrigo Jarque Lira, Alejandro Fernández Campillo,
Marcela González Salas y Petricioli, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico

Félix Suárez González, Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Ejecutivo

Roque René Santín Villavicencio

Historia estimable de estas tierras

© Primera edición: Secretaría de Educación y Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México, 2018

D. R. © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C. P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

D. R. © Secretaría de Cultura
Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Lobsang Castañeda Silva

ISBN: 978-607-495-666-5

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

www.edomex.gob.mx/consejoeditorial

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

CE: 205/01/56/18

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

A don Óscar Silva Méndez, anecdotista consumado

Nada son las cosas humanas más que sombra y humo...

PIERO CAMPORESI

El país del hambre

Nota del editor

La Historia estimable de estas tierras jamás se escribió. Las páginas que siguen fueron extraídas del cuaderno de apuntes que Augusto Anguía, apodado el Corvo, me confió antes de morir. Aunque respeté la secuencia original de los textos, suprimí las indicaciones a pie de página que el autor incluyó para orientarse en la redacción final de su proyecto.

Durante cuatro meses Anguía se instaló en su tierra, a la que no había vuelto desde los dieciocho años, en busca de información de primera mano. En ese tiempo trabajó a destajo y en desorden, garabateando pequeñas notas sobre lo que iba encontrando sin detenerse a pensar qué tanto le servirían a la hora de confeccionar los capítulos de su obra. Además de incontables entrevistas con los pobladores, realizó pesquisas en archivos públicos y privados de

donde obtuvo algunos documentos invaluable —como las memorias del insigne Matador de Moscas que también se reproducen en esta edición—, pero es probable que, en el ocaso de su vida, el carácter anecdótico de su investigación lo atrajera tanto que conservara únicamente los testimonios útiles para escribir no ya una historia, sino, quizás, un conjunto de relatos sobre su pueblo.

Por último, me he tomado la libertad de incluir en un apéndice un escrito sobre cómo conocí a Augusto Anguía y cómo me enteré de la existencia del material que ahora pongo a consideración del lector.

A mediados de 1893 llegó a los oídos de los escasos habitantes de estas tierras, desde entonces carne de cañón para truhanes, fulleros y embaucadores, la noticia, por supuesto falsa, de que el relojero de origen español Indalecio Avendaño acababa de inventar un artefacto capaz de revivir a los muertos insuflándoles, mediante un punzón adherido a una cánula conectada, a su vez, a un émbolo provisto de un pistón de aire, una misteriosa sustancia pulverulenta, traída de sus viajes por el África negra, capaz de espolear el corazón hasta hacerlo latir, siempre y cuando su portador no excediera la semana de fallecido, ya que, de lo contrario, corría el riesgo de que la maniobra, semejante a un disparo de arcabuz, le trizara, por hallarse ya demasiado resecos, los ventrículos del mismo, dañándolos de manera irreversible. Es probable que el antipático Miguel

Ciprián, nieto de uno de los fundadores del pueblo y vecino de Indalecio, cuya galanura levantaba envidias y rencores entre los caballeros, haya difundido este rumor para hacerle pasar un mal rato, propiciando el traslado de cadáveres frescos, y no tan frescos, a su casa, lo cual, en efecto, ocurrió, aterrándolo de tal manera que, dada su paradójica e ignorada condición de cardíaco, le sobrevino un infarto que acabó con su vida. Esta anécdota, que dicho sea de paso es una de las más antiguas que he podido recopilar, me la platicó el no menos antipático Argenis Navarro, a quien conocí accidentalmente hace unos días en el Club de Inversionistas Amigos del Caudal.

Facundo Bermejo me contó, siempre con una sonrisa en los labios, que, según el profesor Euclides Gonzaga en su *Jardín de recuerdos imborrables*, doña Artemisa Nevares abrió el primer burdel de postín en estas tierras en 1898, poco después de que el general Fuentealba, a la sazón gobernador de las Provincias del Noroeste, inaugurara la estación del ferrocarril; y que, contrario a lo que pudiera pensarse, no se trataba solamente de una mancebía en donde los caballeros, atenazados por el deseo, acudían a procurarse el placer venéreo que les escatimaban en sus casas, sino, ante todo, de una estancia de reposo en donde, además de aplacar su lubricidad, podían disfrutar de un amplio catálogo de curas y remedios contra los males anímicos del *fin de siècle*, como la neurastenia, la abulia, la hiperestesia y la melancolía, y contra padecimientos físicos tan puntuales

como la impotencia, la migraña, la clorosis y, aunque resulte discordante, la *ejaculatio praecox*. En suma, un auténtico nosocomio para varones que, sin embargo, seis años después de su inauguración se vino abajo debido a que la Modosita, una de las muchachas que conformaban la cuadrilla de hetairas de doña Artemisa, envenenó a Inocencio Martínez Calleja, primogénito de Tabaré Martínez Vega, poderoso cacique del pueblo, con un electuario a base de semillas de ricino que le provocaron la muerte en medio de espantosas fiebres y diarreas. Al parecer, la Modosita —cuyo nombre y apellidos no recuerda Gonzaga— vivía agobiada por las singulares solicitudes de Inocencio durante el coito, solicitudes que iban desde embadurnarla con aceites, sebos y melazas o vestirla de monja hasta azotarla con un flagelo o penetrarla con toda clase de objetos *per angostam viam*.

Según Aquilino Samuel Ribas, en su columna del 14 de mayo de 1948 en *La Voz del Noroeste*, tres días estuvo el séptimo alcalde electo de estas tierras, Epifanio Salas Zúñiga, tratando de ocupar las oficinas del ayuntamiento sin conseguirlo, pues por más que su predecesor, el licenciado Palomino Arias Mercado, se encargó de mantenerlo a raya hasta que llegara el momento de asumir el cargo, se empeñó en relevarlo de inmediato, contraviniendo no sólo las recién reformadas ordenanzas electorales sino las reglas de urbanidad y buen gusto, ya que, tras un arranque de furia ciega, quizá provocado por su creciente adicción a la anfetamina, se tuvo que emplear la fuerza pública para maniatarlo y remitirlo a la Delegación Central, no sin antes repartir coces y patadas a mansalva, una de las cuales le reventó un teste al conserje del edificio que, no teniendo vela en ese

entierro, se metió en la trifulca para auxiliar a los gendarmes encargados de someterlo. Marrullero desde pequeño, Salas Zúñiga fue acusado de subvertir el orden y, según el criterio somato-funcional, de infligir lesiones que tardan más de quince días en sanar; mientras que el desdichado conserje —cuyo nombre no asienta Ribas, confirmando una vez más su archisabido desdén por el proletariado—, arrepentido de su buena acción, pasó varias semanas en un hospital de la capital recuperándose de una dolorosa cirugía reconstructiva, obviamente sufragada por su agresor.

Por más de diez años la vivienda de Heinz Rudolf Bernede, muni-
qués emigrado a estas tierras en 1940, estuvo abierta para todo aquel
que quisiera, por gusto o necesidad, deleitarse en la lectura de los
clásicos alemanes, pues el *Herr Professor*, como le llamaban los nati-
vos, en tan sólo año y medio había sustraído de la Biblioteca Estatal
de Baviera más de trescientos libros de autores antiguos y moder-
nos en ediciones de lujo que, con la anuencia de su esposa Gerda,
decidió compartir con el pueblo que tan generosamente los había
arropado tras estallar la guerra que convertiría a Europa en un au-
téntico mausoleo. Convencido de que lejos de su patria no pagaría
por un crimen que calificaba de “benéfico para la humanidad”, puso
al alcance de la gleba sus tesoros bibliográficos con la condición de
que, antes de degustarlos, los interesados aprobaran un riguroso

examen de alemán diseñado por su esposa, maestra de *Gymnasium* en su natal Lübeck. Sobra decir que el único que intentó, sin éxito, cumplir con el requisito fue Odorico Amparán, quien, aún resentido por haber sido explotado en su juventud por un comerciante de telas austriaco, quiso demostrar, a pesar de su monolingüismo, la “superioridad intelectual” de la raza mestiza, pero, al salir de la prueba, declaró a los amigos que lo acompañaban que le había resultado ilegible, ya que los Bernede, “de manera artera”, se la habían impreso en gótico.

En el Archivo Histórico de estas tierras —que, dicho sea de paso, se encuentra en condiciones deplorables— pude hallar una copia del acta notarial que da fe de la fundación, el 27 de octubre de 1946, día de san Frumencio, del Club de Nefelibatas por parte de Angelita Rizo de Luna, cuyos propósitos siguen siendo llamativos, a pesar del inexorable paso del tiempo. Según las hojas anexadas al documento, la asociación se formó para proporcionar a todos los ilusos, idealistas y soñadores de la región “un espacio conforme a sus necesidades, lejos de la crítica malintencionada y el escarnio”, en donde pudieran “entregarse sin reparos”, y, al parecer, sin drogas de por medio, a “toda clase de quimeras, fantasmagorías y ensañaciones del espíritu”, fortificadas una vez al año con “un ciclo de conferencias magistrales impartidas por distinguidos mitólogos y

utopistas de la capital”, amigos de la socia fundadora. Aunque, lamentablemente, no se dan mayores detalles de las actividades del club, no deja de ser curiosa la manera en que doña Angelita, a juzgar por los testimonios de quienes la conocieron, captaba a nuevos miembros repartiendo, cuando así se lo ofrecía la suerte, folletos informativos a los distraídos que encontraba en la calle, de esos que, por ir contemplando la bóveda celeste, tropiezan con piedras y banquetas, pisan boñigas y charcos infectos, se estampan en los postes o, cuando la fatalidad se ensaña con ellos, terminan bajo las ruedas de algún vehículo.

Aunque ningún historiador lo corrobore, desde finales del siglo XIX operó en el pueblo, con la anuencia del alcalde Gilberto Zayas Moncada, una casa de orates llamada La Pineliana, en honor del médico francés Philippe Pinel, figura emblemática de la psiquiatría moderna. Fundada por el doctor Achille Marchant, también francés y nieto de Anatole Marchant, supuesto discípulo de Pinel en París, la clínica cerró sus puertas luego de que la enfermera Delia Chicolini, motivada por la sospecha, robara el archivo personal de Marchant y confirmara, con la ayuda de su esposo, un picapleitos de poca monta, que ni era francés ni psiquiatra, sino un viejo bandolero del sur que, para huir de la justicia, se había escondido en estas tierras, entonces gobernadas por Zayas Moncada, su antiguo compañero de correrías. Gracias a este acto heroico —que hace unos días me fue

referido por una de las descendientes de la Chicolini— hoy sabemos, además, que en 1934, año de su clausura, La Pineliana albergaba a veintisiete alienados de distinta condición, los cuales, a pesar de las cuotas cobradas a sus familiares, no recibían tratamiento alguno, sino, por el contrario, insultos y maltratos por parte del personal de la clínica, mismos que, sin duda, habrían enardecido al propio Pinel, famoso por proscribir, en su *Tratado médico-filosófico de la enajenación del alma o manía* de 1801, el trato indigno de los enfermos mentales, pues en lugar de agilizar su curación la obstaculiza, al tiempo que denigra al especialista.

Fidias Romero Ballester, linotipista de *El Observador* durante treinta años, tenía la manía de escribir, en las guardas de los libros ajenos, dedicatorias que dirigía a sus propietarios como si él fuera el autor o se los hubiera obsequiado. A dondequiera que iba, en caso de haberlos, pedía permiso para hojear los ejemplares y, con disimulo, sacaba del bolsillo interior de su chaqueta una estilográfica para trazar, con caracteres dignos de un calígrafo, su nombre precedido por algunas líneas, a manera de salutación, siempre acordes con el contenido de la obra. No fueron pocas las enemistades que Romero Ballester se granjeó por algo que él consideraba una inocentada, como la de su excondiscípulo Otón Vivanco, marido de Paz Esquerra, quien, un mal día, descubrió en uno de los tomos de *La Novela Pasional* de su esposa la siguiente nota: “A ti, cuya mirada felina despierta el

almizcle de mi ilusión, estas páginas electrizadas. De Fideas”, afrenta que estuvo a punto de lavar con sangre de no haber sido por la prudencia y oficiosidad del padre Fabio Garnica, amigo de la familia y confesor de doña Paz, quien amonestó al linotipista y garantizó a Vivanco, so pena de condenarse, la honradez cabal de su mujer.

Refiere Pánfilo Narváez —homónimo del conquistador vallisoletano—, sepulturero, amortajador y, en su tiempo libre, ayudante de albañilería, que las inundaciones del año 37, producto de los aguaceros que azotaron las Provincias del Noroeste durante varios meses y que, entre otros estragos, pudrieron las mieses y mantuvieron incomunicado al pueblo por más de una semana, hicieron que los túmulos de algunas tumbas del Panteón Municipal se desmoronaran y que los ataúdes brotaran de la tierra, causando estupor entre los habitantes que, alarmados por tal acontecimiento, tuvieron que esperar a que las aguas bajaran para recuperarlos y volverlos a sepultar, aunque, me dice Narváez, hubo uno, el de Tamara Nieto, que, ignorado por sus familiares, se mantuvo varios días navegando por el cementerio hasta encallar sobre la lápida de Ciriaco Islas, su

antiguo esposo, asesinado a machetazos por uno de sus cuñados. Entre los ataúdes que flotaron también se encontraba el de la recién fallecida Ifigenia Ontiveros, madre del exalcalde Lamberto Clavijo quien prohibió, sin conseguirlo, que la noticia corriera, no tanto por la indignación que le causaba ver a su progenitora entre basura y agua puerca, sino porque, a diferencia del resto de los cadáveres, fue la única que se salió del cajón, mostrándole a la concurrencia que la habían enterrado con un desgastado camisón y no, como lo aseguraban sus nueras, insufribles aves de rapiña, con ropa, joyas y otros lujosos efectos personales. Finalmente, aunque la noticia de los ataúdes flotantes no apareció ni en *El Observador* ni en la *Gaceta Capitular*, órgano informativo oficial, sí lo hizo en un periodicucho de El Chinchal, lugar en donde, sin embargo, pasó desapercibida para los lectores.

Con esa sonrisa estúpida que me exaspera, Facundo Bermejo me aseguró que, hacia 1911, el doctor Félix Arcadio Venegas fundó, junto con un puñado de entusiastas del meretricio, la llamada Tertulia Comparativa en la que, una vez al mes, sus miembros se reunían para charlar, disertar, describir e intercambiar impresiones sobre la vida y obra de las putas de la región, con el objetivo de proveerse de datos y señas personales que potenciaran su gusto por el degenerere y lo llevaran a otro nivel, más allá del simple desfogue. Una selección de estas conversaciones, cuya versión estenográfica se asentaba siempre en una “Minuta general”, fue utilizada por Venegas para escribir un librito titulado *Paseos con Friné*, editado en la Imprenta de Don Venerando Gasca en 1916 y obsequiado a sus cofrades en el quinto aniversario de la organización. Bermejo me aseguró también

—lo cual no sé si creerle, pues se ha vuelto un tanto patrañero— que él llegó a poseer uno de los diez ejemplares de dicha obra que en la actualidad, según su criterio, nos parecería ampulosa y pacata, pero que, debido a sus apuros económicos, tuvo que venderlo a un bibliófilo de Santa Clara de cuyo nombre prefiere no acordarse, probablemente para disuadirme de buscarlo.

El 18 de mayo de 1924, tal y como informa la *Gaceta Capitular*, llegó a estas tierras el famoso Circo Máximo, propiedad del empresario Samael Ortiga, quien lo instaló, a pesar de los reparos del ganadero Ponciano Silva, en el predio La Esperanza, lugar en donde, por más de seis semanas, hizo las delicias de la población que, con entusiasmo y euforia, se entregó a un espectáculo prodigioso. Del inédito maridaje del circo con el pueblo, engarzado con juegos malabares protagonizados por osos, hurones y cobras amaestradas, nació otra unión, no menos curiosa: la del Gran Laertes, reputado halterófilo y descendiente, según los indiscretos, de un noble ruso venido a menos, con la sobrina de don Apolinar Espejo, Selma López, muchacha enfermiza y enclenque que, con arrestos épicos, pudo darle tres hijos, a cuál más feo, verdaderos charales patizambos fustigados por

el raquitismo. El último de ellos, profundamente deprimido por no haber procreado, le contó en su lecho de muerte al cronista Ernesto Lamilar —y la hija de éste a mí— cómo su padre, al morir, les había dejado sólo un juego oxidado de plomos, pesas y mancuernas que, debido a su pésima situación económica, tuvieron que malbaratar con uno de los chatarreros que abundan en la región.

Aunque Ernesto Lamilar, cronista oficial de estas tierras, escribió tan poco que, de publicarse sus obras completas, no llenarían un volumen de doscientas páginas, su tenacidad como historiador lo llevó a reunir más de tres mil documentos referentes a la vida cotidiana de sus paisanos, que obtuvo no por los procedimientos habituales de la archivística, sino comprando papel usado de casa en casa y hurgando cada domingo en el Basurero Municipal con la ayuda del *Lapo* Zaldívar, un viejo pepenador que acabó convirtiéndose en su principal coadjutor. En la colección de don Ernesto —actualmente resguardada por su hija Giovanna, quien se rehúsa, y con razón, a donarla al Archivo Histórico— hallé, entre facturas de impuestos, informes de gobierno, recados y listas del mercado, misivas amorosas, cuadernos escolares, recetas médicas y telegramas, las

dos primeras entregas de las memorias del muy insigne Matador de Moscas aparecidas en *El Observador* los días 12 y 19 de julio de 1936, mismas que, curiosamente, no figuran en su “Índice general de colaboraciones”. Cabe señalar que, además de halagarme con su grata compañía, Giovanna me proporcionó una fotocopia de ambos escritos, así como de la nota editorial que Servando Dueñas Ercilla redactó para darles la bienvenida en las páginas de su diario.

Escribe don Servando Dueñas Ercilla, honra y prez del periodismo, que el legajo de las memorias del insigne Matador de Moscas llegó a su oficina, en sobre lacrado y sin remitente, en el otoño de 1935, pero que, atareado como estaba, no reparó en él hasta enero del año siguiente, gracias, en parte, a las labores de limpieza y mantenimiento llevadas a cabo en el periódico. Escribe también que el manuscrito, compuesto con una caligrafía infantiloides, excesivamente grande, temblorosa y confusa, le llamó la atención por su estilo arcaico y enmarañado, repleto de solecismos y poco afecto a la puntuación, y por los sucesos, a veces desopilantes, a veces ridículos, que relataba, además de que al leer las peripecias del exterminador de moscas le sobrevino la idea, nada original, de crear un suplemento humorístico hebdomadario con escritos, crucigramas, chistes, historietas y

acertijos, proyecto que, finalmente, no prosperó, debido, quizás, a la impostada solemnidad de los habitantes de estas tierras. Aunque Dueñas Ercilla trató de averiguar, con todos los medios a su alcance, la identidad del autor de las memorias, no lo consiguió, lo cual, en un primer momento, le hizo dudar de su autenticidad y, por ende, de la pertinencia de su publicación, pero, meses más tarde, resolvió sacarlas a la luz, si bien retocándolas un poco, para regocijo del público lector y, de paso, para ver si, al mirarlas en letra de molde, su autor se decidía a visitarlo, aunque sólo fuera para cobrarle las colaboraciones que nadie le había pedido, cosa que nunca ocurrió.

Memorias del mui insine
Matador de Moscas, heroe anonimo
desta comunidad (I)

Yo soi el que soi, dixo el Señor Todopoderoso e yo tambien lo digo, faltaba mas, pero sin amino de emularmele o de compararmele, válgame Dios, con su onipotencia divina e su santa vestidura sino solo pa presentarme a quenes mis cosas interesaren e hacerles saber que estoi aqui, aqui mesmo, que esisto e que no pienso, faltaba mas, renunciar a mi esistencia por superfla que sea que no lo es, ni ingrata ni sobrante sino siempre agradecida con el Creador que me hizo a mi e a mi oficio, cosa tovia mas importante que me debiera de dar, ansina juera poquito, tambien el agradecimiento de mis paisanos e de todos los Hombres buenos, pobres o ricos, limpios o roñosos que poblan el mundo porque en efeto todos jueron e seran menor e mayormente, una o mas veces molestados por las Moscas, por las putridas Moscas mis Enemigas a muerte e yo que no tenia nada

especial por eso mismo lo soi, porque me he destacado e sobresaltado de la masa, me eh hecho de muchas maneras e metodos e formas e recursos de esterminar a tan nefando bicho, manque mis labores parescan insufesentes, pues siempre es insufesente lo que hace un gerrero, que eso soi, contra un ejercito de muchos bichos, por muncho que haga e yo eh hecho muncho, como eh de contar en estas mis ilustres Memorias.

Tovia mas que los Humanos, lo que es muncho decir, las Moscas se reproducen gososas, de manera tan veloz e rapida e tan encreible que cuando se mata una ya ay ciento volando e otras que en ese mismo instante estan naciendo, no solo aqui sino por todo el orbe, e dicha cosa me aterra, me espelusna, pero tambien, faltaba mas, me da aminos pa seguir, como se dice, en pie de lucha, manque mis iguales, que ya dixen que no lo son por haberme yo sobresaltado de la masa, no hagan caso destas cosas que cren indinas de hombres, propias de niños chillones o deficientes del cerebro e no hacen caso porque no leyen nada que no trate dellos mismos e menos con bichos, insetos e alimañas todas putridas, cuantimeno si son Moscas asquerosas que nada hacen sino molestar e joder, que si que joden, con sus zumbidos que son ruidos del Diablo, el Belcebu, mentado el Señor de las Moscas, válgame Dios, horrorosos e tremendos.

Yo inicieme en el arte, que esto es, de matar Moscas hace muncho, en un año lejano en compania gratisima e ilustrisima de mi Tio Luciano, conocido como Don Chano o Chano o Chanito a secas que me enseñó el oficio e me hizo saber lo nefastos que son estos bichos sin respeto por las Gentes, tenebrantes, bobos, que no sirven pero si sirven, pa nada o mejor dicho que nadien sabe pa que cosas de habelas pudiesen servir semejantes engendros sino es pa molestar

e joder, como ya dixen, e pa hundirse en las eces de todos con sumo placer, porque eso hacen, manque sea malo el decilo, por lo cochino e sucio e puerco marrano que pudiera parecer, que no lo soi, o no lo soi mas que muchos que andan por ai, bien perjumados e peinados pero con los fondillos sucios, que los ay a raudales, Hombres e Mugerres e de los otros secos. E por si juera poco tendriamos que echar a los animales, probecitos, privados de razon en el mesmo saco, como se dice, que con sus inmundicias, que las tenen, llaman tambien a los dichos insetos, que se relamen las patas cuando ven las dichas inmundicias e se paran sin asco en las boñigas e orines pa ser felices, que lo son, válgame Dios, en medio de la tal podredumbre e pestilacion.

Aplastalas e trituralas e acabar con ellas, hazelas polvillo, Nada, eso hago yo mesmamente, ansina como lo hizo mi Tio Luciano, e quen leyere las fojas que siguen darase cuenta de que ese es mi oficio todo el tiempo, o casi todo, porque el Matón de Moscas tambien ha de dormir, manque sea poco e siempre importunado por esos malditos voladores e diteros, como dice mi Tio, del Mal que no le dejan descansar e roncar a gusto e estar en paz con Diosito, válgame Dios, cuanta calamidad.

De todas las muchachas que, a principios de siglo, ejercieron la prostitución en estas tierras, la más querida fue, sin lugar a dudas, Blanca Dimas, una mulata procedente del Puerto de Viniegra que llegó al pueblo con la vocación bien afianzada y un compromiso a prueba de distracciones que le permitió agasajar a sus clientes de tal manera que éstos, para retribuirle sus atenciones, le organizaron, con la ayuda de sus compañeras de profesión, una fiesta de despedida el día de su retiro, pues planeaba regresar a su terruño para casarse con el novio que había abandonado a los dieciseis años. La celebración, sin embargo, terminó en tragedia, ya que, a pesar de que en el burdel de Josefina Montero, alias la Tierna, hubo música, baile y alegría a raudales, la homenajeadada, en un arranque de inconsciencia, decidió obsequiarle a cada uno de sus admiradores un último

“servicio sencillo”, de esos que, en su caso, lo incluían todo, por lo que, al calor de las copas, tres docenas de machos la cabalgaron salvajemente esa noche, provocándole una coitorragia que le agravó la anemia que padecía desde niña, llevándola finalmente a la tumba diez días más tarde. En el certificado de defunción, cuya copia el doctor Venegas exhibía casi como una reliquia entre los seguidores de Blanquita, se dejó vacío, por deferencia hacia su prometido, el espacio concerniente a sus ocupaciones.

Después de ganar el 14° Sorteo Gigante de la Lotería Provincial, Modesto Torcuato Fernández, un humilde alfarero acostumbrado desde niño a la inopia, decidió, para darle lustre a su nueva vida, emplear a sus familiares, la mayoría vagos sin oficio ni beneficio, como miembros de su servicio doméstico, por lo que, para su buena instrucción, mandó traer de Santa Clara al mismísimo doctor Maximiliano Quevedo, director de la Escuela de Estudios Superiores para Asistentes, Ayos, Pajes y Ayudas de Cámara, cosa que, sin embargo, no sirvió de mucho, pues a pesar de haber aprobado la propedéutica correspondiente, ninguno de ellos se adhirió al famoso “principio de lealtad”, piedra angular de toda subordinación, sino que se dedicaron a conspirar en su contra para despojarlo de sus bienes, mismos que, gracias a sus dotes de empresario sagaz, crecían

año con año. Al advertir las triquiñuelas y astucias que su servidumbre urdía para quedarse con lo suyo, Modesto tomó la determinación, antes de que fuera demasiado tarde, de despedirla y emigrar a otras tierras en busca de tranquilidad y sosiego. No obstante, para poder partir tuvo que indemnizar a sus parientes según las leyes estipuladas por la Unión de Sirvientes y Trabajadores de Confianza, presidida por el propio Quevedo, a la que, por requisito de contratación, se habían afiliado.

Después de veintisiete años de servicio, el sargento Sancho Valle fue dado de baja del Honorable Cuerpo de Policía sin goce de pensión, supuestamente por carecer de las aptitudes físicas y psicológicas requeridas para conservar su puesto, cosa que, en lugar de preocuparlo, lo enfureció, pues estaba convencido de que su infortunio era producto no de la gota ni de sus reumas, sino de la tirria del alcalde Milton Barquín quien, en más de una ocasión, le había exigido el uso de la fuerza pública para reprimir a sus enemigos políticos, incluyendo a don Clemente Lorenzana, jefe local del Partido Opositor —que, dicho sea de paso, en el nombre llevó siempre la penitencia—, capricho que Valle, celoso de su deber, desoía con diplomacia. No obstante, aterrado por su nueva situación, y a la espera del más punzante de los pauperismos, el sargento decidió hurtar,

convencido, no se sabe por quién, de su alto valor económico, algunos de los expedientes criminales resguardados en el Departamento Municipal de Justicia, lugar en donde era un *habitué*, ya que dedicaba sus ratos libres a estudiar los casos, más bien desabridos, que habían conmovido a la opinión pública. Sin embargo, al percatarse de que nada valían y a nadie importaban, la mayoría de esos documentos ardieron en la chimenea de su casa antes de que las autoridades, lerdas como de costumbre, advirtieran su ausencia.

Auspiciada por la Asociación de Artistas contra los Males Endémicos de la Nación, institución creada ex profeso para divulgar la obra de su único miembro y fundador, la muestra “Pasión sintética” de Brígido Casamayor, pintor vanguardista de estas tierras, fue un rotundo fracaso, no sólo porque, confirmando lo que se temía, el número de visitantes fue reducidísimo, sino porque la mayoría, al abandonar el patio del Café de Tovar, lugar en donde, a falta de uno mejor, se realizó el evento, expresó su repudio por los desacatos, sacrilegios y profanaciones que había visto, en lugar de las escenas pías, llenas de ángeles y serafines volantes, que esperaba. La incomprensión de sus paisanos desalentó tanto a Brígido que dejó de pintar y se dedicó a atender la carnicería de su padre, don Melquíades, que fue el que más sufrió al ver a su heredero triste, afligido y desmoralizado. Es

una lástima que, a cincuenta y siete años de su suicidio, el Maestro de la Pradera, como lo bautizó el crítico Adán Pardo aludiendo al nombre del negocio familiar, Carnicería y Tocinería La Pradera, siga sin ser valorado y, peor aún, que sólo dos de sus cuadros —*Monociclo rondando a la virgen María y Niño Dios en su cuna de tungsteno jugando con engranes y bujías*—, material insuficiente para una retrospectiva, hayan sobrevivido a los embates de su frustración.

El único nieto del estanquero Lázaro Traverso me confesó, no sin vergüenza, que debido a la demencia que acometió a su abuelo a finales de los cuarenta, éste profería incoherencias y necedades que él, el nieto, anotaba escrupulosamente en uno de sus cuadernos de escuela, con el propósito de que el doctor Venegas —hijo de aquel otro doctor Venegas creador de la Tertulia Comparativa— las examinara con el objetivo de hallar en ellas algo útil para curar al enfermo. Sólo hasta 1957, cuatro años después de la muerte de don Lázaro, su nieto vislumbró en esos apuntes, que de niño no entendía y que, por ende, le dejaron la impresión de ser simples disparates, los rudimentos de una “teoría erótica de la desarmonía” en donde su abuelo, con ejemplos tomados de sus propias experiencias, demostraba que el varón podía aproximarse a la cúspide del placer

sexual —aunque nunca me aclaró a qué se refería exactamente con eso—, o al menos tener mayores probabilidades de hacerlo, con mujeres cuyos cuerpos fueran, por decirlo así, imperfectos o estuvieran lejos de los cánones de la belleza clásica, pues, aseguraba, la “afición por la jodienda” —que los psicólogos, por cierto, hoy llaman hipersexualidad—, al tiempo que aumenta y pule las aptitudes amorosas de quienes la practican, destruye sus anatomías, cosa que, por supuesto, nos parecería una patraña si no supiéramos que toda adicción, incluida la del sexo, provoca trastornos y compulsiones que dañan el organismo. Ni más ni menos.

Memorias del mui insine
Matador de Moscas, heroe anonimo
desta comunidad (II)

Digo quel Matador de Moscas ve Moscas por todos lados manque no las haiga, que ya entrenada, como se dice, su vista imajina e lucubra Moscas por doquiera, e que su vista lo engaña pa mantenelo alerta, e hasle crer que siempre ay Moscas rondando, volando cercas de donde esta, e de pronto ve un punto negro, un puntillo negro en el aigre e piensa que es Mosca, desas grandes, panteonera, peliaguda, e que le busca la cabeza e no se aquieta ni detiene, válgame Dios, e le zumba en los oidos. Es una mancha que le crusa por frente de sus ojos, que lo molesta por el lomo, que lo aquieta e aguza en sus sentidos. El Matador, faltaba mas, vive con las Moscas todo el tiempo manque no haiga, manque no esten dondél, manque haga lo posible por juir, que si dan ganas de juir, da miedo, lo digo Yo, el mui insine e valiente Matador de Moscas dedicado nomas a esto, ansina

mesmo. El Matador jamas descansa e nunca termina, su tarea es inutil e eterna e inacabada, como la de los Santos, benditos Santos sin Moscas arredor pero con sus cagarrutas sobre dellos, en los templos sucios, que los ay.

Recuerdo que mi Tio Don Chano abriales la puerta de su casa e las dejaba entrar e muchas entraban e luego con la casa llena destes insetos cerraba la puerta e sacaba del cajon de los trastes medio limon con semillas de clavo enterradas, no clavo de yerro sino de especia, e lo ponía en la sala de su casa e todas las Moscas juían del limon como locas e se arrejuntaban en la otra pieza, la de su lecho, e cerrando tambien esa puerta las emboscaba, como se dice, e hacia matanza e cuando la hacia se sentía tan pulcro e sano e feliz de felicidad que me decía, ya mijo, hice matanza e puedo estar en paz, ora te toca a ti. E mi Tio Chano, que cuando murio su hija la vio repleta de Moscas en el sanatorio e desde ai les agarro ojeriza, sabia mucho dellas e todo me lo enseñó e ansina como él mataba yo puseme a matar, pocas primero, muchas despues, despues verdaderas matanzas como no se habian visto antes, moscacidios se diría, e despues empece a idiar otros metodos e recursos e formas pa matalas, válgame Dios, tan orrorosas e insanas, e muchos destes metodos no servian ni jueron buenos pa ayudarme a mi tarea de Matador de Moscas, pero muchos si e me hicieron lo que soi, faltaba mas, el mui insine e unico Matador de Moscas destas tierras.

En una destas batallas mias con las Moscas, tamañitas e grandes, cansado ya de dales manazos e trapazos e golpes a Moscas necias, una grande como mi puño, aciertopelada e con brillos negros en su lomo, cochina e zumbona, se me paro cercas, por frente, como

diciendose aqui ay un tonto, un remedo de hombre que me quiere matar, e mirandome con sus ojos multiples e vidrosos e reprochandome el ser, porque lo soi, de eso ni caben dudas, un canijo con sus semejantes, como un verdujo que sin entraña despacha a sus victimas como reses en el matadero, sin culpas e remordimiento, me sostuvo la vista, como se dice, e retóme a la gerra, e yo me quede tieso por esa Mosca que mas bien era Moscardón, desos feos e peludos, hasta que, gracias a Dios, válgame Dios, volo de nuevo e se alejo manque despues de rosarme la cabeza como diciendo miedo no tengo, e no pude hacele nada ni moverme manque mi voluntad es buena, pero supe que mas delante nos miraremos, yo el Matador de Moscas con él el Don Diablo, el Señor de las Moscas con forma de Moscardón curtido e asqueroso, e que el combate sera pa morir e nomas uno de los dos reira vencedor con los suyos, las Moscas o mis amigos, e le conte a mi Tio Don Chano lo acontecido e me dixo que es normal, es normal, me dixo, has hecho daño a sus huestes e ya no te dejara en paz, pero no ay preocupacion, ansina es este Engendro del Mal, malandro e atrevido e requeres de trampa mortal pa acabar con él e yo dixi válgame Dios, que trampa que no sean mis manos, e me asuste, la merita verdá que me asuste con esa Mosca tenebrosa que era el Diablo e se me lleno el cerebro de pensares torvos e oscuros e harto sonsos, válgame Dios, perdona-me, Señor.

Esa noche juime a dormir preocupado en el Diablo hecho Mosca e tambien en las palabras de mi Tio Chano que me pedia una trampa mortal pa Moscas e Moscardones e sobre todo pal Diablo, a mi simple mortal bruto e sin estudio que preguntabame con que casallo, ayudame, Señor, porque soi el Matador de Moscas e quero seguir

siendo, faltaba mas, manque las juerzas me falten e los pensares me fallen, pa siempre como se dice, válgame Dios, que barbaridad, sin eso no valdria nada, yo la Nada.

La toma del San Javier ocurrió en el verano de 1954 como respuesta a la escasez de vinos y licores, al parecer causada por una huelga de transportistas que azotó las Provincias del Noroeste durante casi seis semanas, según las notas que Marcio del Carril publicó en las páginas de *El Observador*. En su extensa crónica del 7 de junio, el único reportero de cepa que han dado estas tierras describió, con lujo de detalles, cómo un grupo de exasperados parroquianos, armados con dagas y botellas, se apoderaron del Bar San Javier, ubicado en la llamada “zona de tolerancia”, luego de que su propietario, Dionisio Barrientos, les negara de forma airada el suministro continuo de líquidos espirituosos, por la sencilla razón de ya no haberlos. Los parroquianos, sin duda empecatados por una borrachera a medio cuajar que, no obstante, bastó para ofuscarles el juicio, maniataron

y amordazaron a Barrientos y a sus dos empleados, quebrantaron sillas, mesas y espejos y partieron en dos, quién sabe cómo, la barra de servicio, antes de ingresar a la bodega, sitio en donde pensaban hallar los bebestibles, pero, al no encontrarlos, decidieron prender una hoguera en medio del salón con los añicos del mobiliario y divertirse un rato con los prisioneros acercándolos intermitentemente al fuego para chamuscarlos. La “fiesta” se prolongó hasta las cinco de la mañana, hora en la que la querida de Barrientos, extrañada de que su amante no acudiera a visitarla, lo buscó en su establecimiento, dándose cuenta de los hechos y denunciándolos en la Delegación Central.

Insufrible alcalde de estas tierras de 1953 a 1956, el jactancioso Apiano Mina, que aseguraba poseer las cualidades necesarias que elevarían su carrera política, más bien circunstancial, a niveles estratosféricos, urdió un complot para asesinar a Humberto Lanza, candidato oficial a administrar las Provincias del Noroeste, el cual fue frustrado por el mismísimo gobernador Tulio Agudelo, impulsor y amigo de Lanza, quien, desde Santa Clara, ordenó su inmediata captura y posterior encarcelamiento y, no conforme con ello, le revocó al pueblo su condición de municipalidad utilizando distintas argucias legales que, por supuesto, nadie cuestionó por temor a las represalias. Tras su detención, Mina, que, según las malas lenguas, sucumbió de inmediato a la tortura policiaca, le proporcionó a los agentes estatales los nombres y direcciones de sus cómplices, y se

enteró, a la mitad de su suplicio, que Anita Palacios, su propia esposa, lo había delatado con Agudelo. Esas mismas malas lenguas esparcieron el rumor, a partir de 1960, año en el que los lugareños perdieron el poco peso político que tenían, de que Anita, joven y atractiva, se había convertido en una de las quillotras de don Tulio, pues con frecuencia se les veía juntos en festejos y convites de la *high society* santaclareña.

Asociándose con sus cuatro hermanos, Quintín Cárdenas abrió un expendio de profecías en el número 362 de la avenida Independencia, la arteria más transitada y, por ende, más profusa en incautos de estas tierras. Su indumentaria era tan extravagante —según las fotos que me mostró uno de sus sobrinos, en donde aparece con una toga de magistrado que le llega hasta los tobillos, un casco de vikingo y un par de huaraches raídos— que funcionaba como imán para atraer a los clientes, pues el Mago del Cauro, como se hacía llamar, acostumbraba deambular por la Plaza Mayor al mediodía para que señoras y señoritas, intrigadas por su aspecto, se acercaran a él y, víctimas de su labia, lo siguieran hasta su “consultorio”. Aunque, debido a su nulo don profético, su empresa no duró mucho, siempre gozó de la credulidad de Celina Beltrán, dama recia y potentada

que, por décadas, lo atosigó, no con preguntas circunstanciales, sino con interrogantes metafísicas sobre la naturaleza de Dios, el Ser, el Conocer y la Nada que lo ponían en aprietos y lo obligaban, en ocasiones, a consultar en vano el *Manual de adivinos* de Hilario Cimate, uno de los agoreros de la región; pero ni en esas páginas repletas de anfibologías, hipérboles, pleonasmos y paradojas hallaba Quintín respuestas para doña Celina, por lo que, cada tanto, tenía que inventarse alguna nueva cosmogonía que apaciguara, así fuera fugazmente, su enfermiza curiosidad por los universales.

El lunes 5 de junio de 1933, según los informes policíacos que han sobrevivido en la colección del sargento Sancho Valle, Marcial Nebrija le pidió a su esposa Jacinta que le preparara un guisado de cerdo con papas para adelantar los festejos de su cumpleaños, a celebrarse cuatro días más tarde en el pomposo Salón Michaux, dada su condición de mayordomo del pueblo. Doña Chinta, sin embargo, no sólo no le preparó nada, sino que, al ver la agitación con la que su marido le describía sus antojos, perdió los estribos, fue a la cocina, cogió un cuchillo y, sin decir agua va, lo apuñaló por la espalda hasta matarlo. Al parecer doña Chinta, hasta ese momento flor y espejo de mansedumbre, había descubierto, gracias a un pitazo de Antenor García, su abogado, que Nebrija pensaba modificar su testamento para dejarle todos sus bienes, incluida la casa familiar, a una tal

Meche del Río, mesera en La Travesura, un cabaret de mala muerte de Santa Clara. Basándose en los mismos informes, Marcio del Carril reconstruyó estos hechos soberbiamente en el número 45 del semanario *Nosotros*, cuyo ejemplar, junto con otros papeles, pude consultar en el Archivo Histórico de estas tierras.

Cuenta el escritor Salvador Verdejo, en el segundo tomo de su *Diario postsicalíptico*, cómo al llegar a estas tierras pudo experimentar, en casa de Raimunda Sarmiento, de oficio curandera, los efectos tónicos de un brebaje mágico que logró aumentarle el flujo sanguíneo, desahogarle los pulmones, disminuirle el cansancio, agudizarle los sentidos y reavivarle las neuronas, pero, ciertamente, no mitigarle la anafrodisia, padecimiento que, a partir de 1951, convirtió en el motivo principal de su obra, en general mediocre. Su largo peregrinaje por todo el país en busca de emplastos, ungüentos, infusiones, pócimas y reconstituyentes que le ayudaran, de una vez por todas, a superar dicha enfermedad, le dio para publicar cuatro gruesos volúmenes atiborrados de intentonas, desilusiones y fracasos que decepcionaron a la crítica y provocaron el hastío de los

lectores, estigmas que trató de contrarrestar anunciando en varias ocasiones la aparición, jamás ocurrida, de un *Cuaderno inflamable* en el que compendiaría, por ecuanimidad, las proezas sexuales de su juventud. Por otra parte, dudo mucho de que Verdejo, cuya fama de embustero lo persiguió hasta la muerte, haya siquiera pisado las Provincias del Noroeste, pues su retrato de los lugareños, incluido el de la vieja Raimunda, resulta tan parvo y acartonado como si le hubiera sido referido por terceros.

El día en que Valentino S. Hidalgo, comandante de las Huestes Liberadoras del Noroeste, pisó estas tierras, el pueblo, hasta entonces impasible frente a los conflictos políticos y sociales de la época, se dividió en dos bandos que, sin arengas de por medio, se enfrascaron durante semanas en una lucha ideológica que no entendían y, peor aún, que fundamentaban en la simpatía o animadversión que les causaba el personaje de marras. Aunque la estancia de Hidalgo no rebasó las dos noches, ya que sólo buscaba el refresco de sus tropas y la llegada de una remesa de parque procedente de Santa Clara, su visita fue reseñada con veneración y entusiasmo en *El Periquito*, órgano informativo creado para tal efecto por la izquierda local, y en las páginas interiores de la *Gaceta Capitular*, en donde Odilón Gutiérrez Tijerina lo describió como “un orangután

sin instrucción y carente de urbanidad, que eructa mientras come arroz con cuchara”. Por su parte, Polifemo Noguera me comentó que el tiempo que pasó aquí el caudillo le sirvió para dos cosas, ninguna de las cuales quedó registrada en los documentos oficiales, ni en las memorias de campaña de los tenientes a su cargo: retozar en los brazos de Concha Denegri y, entre accesión y accesión, redactar el borrador del Plan del Monte, cuyo nombre se debe al hermoso pubis de tan distinguida dama.

Obtuve la tercera entrega de las memorias del muy insigne Matador de Moscas casi sin querer, mientras fisgaba en la Hemeroteca Regional de Santa Clara, lugar en donde conocí, pues ahí trabaja de velador, a Heliodoro Jaso, personaje fétido y estafalario que, sin titubeos, me aseguró, al notar la ansiedad con la que hojeaba los periódicos, que su tío lejano Leonardo había sido el célebre (*sic*) Matador de Moscas y que, antes de trasladarse al sudoeste del país para trabajar en una refinería, le dictó, pues apenas sabía escribir, esos textos a su sobrino Ambrosio, abuelo de Heliodoro, que en ese entonces contaba apenas con once años, y los guardó, junto con tres o cuatro dibujos, para enviarlos posteriormente a *El Observador* con la esperanza no sólo de publicarlos, cosa relativamente sencilla, ya que a veces no había con qué llenar las planas del diario, sino de

arrancar así su carrera de memorialista que, por no tener asegurada la manutención, no se atrevía a desempeñar. Otra cosa que me dijo y que, a diferencia de la anterior, no me sonó tan inverosímil, fue que Leonardo, quien, por cierto, había tenido una infancia desdichada, repleta de burlas y bromas pesadas, por haber nacido “medio idiota” y con el labio leporino, no llegó a ver impresos sus escritos, debido a que, a las pocas semanas de partir, un costal de cernido de maíz de sesenta kilos le cayó encima, desnucándolo. Con un aliento nauseabundo, Jaso me relató también el calvario por el que tuvo que pasar la familia para repatriar el cuerpo del ilustre (*sic*) Matador de Moscas y darle cristiana sepultura.

Memorias postumas del mui insine
Matador de Moscas, heroe anonimo
desta comunidad (III)

Pero el Rey Diosito socorre e se me vino combatir la mugre con mugre e no con limpiesa, que jue mi trampa mortal porque la limpiesa llama la mugre, no la repele la aviene. Ay mugre de las asquerosas Moscas e mugre del Bien, mugre buena que las mata o habia de matalas. Por eso cature aracnidos e metilos en mi casa cuidando que no se jueran e jui paciente, como debe serlo todo Matador de Moscas insine como yo, para esperar que las Arañas desde entonces mis Amigas e mi fiero ejercito hicieran sus telas, las telas de las Arañas e llenaran dellas toda mi casa, que tambien era la de mi querido Tio Don Chano, ya malo e sin poder moverse del catre. E las Arañas llenaron la casa de telarañas porque les di de comer las Moscas que en mis matanzas juntaba, pero las menos aplastadas e las Arañas gosaban el banquete haciendo mas tela e colgandola de las paderes

e de las puertas e de las ventanas. E mi casa era una casa de telas de Arañas porque ansina lo queria e casi no veia de pader a pader o veia como al traves de una nube, de un velo blanco, desos que usan las damas en el templo. E cuando las terribles Moscas entraban en la casa se pegaban en las dichas telas e no podian, tontas dellas, juir e mientras que yo masacraba las que alcansaba en el aigre, las otras morian en manos o patas de mis Amigas las Arañas, mas crueles que yo pos las dejaban en sus telas zumbando e zumbando mui muinas hasta que se cansaban e iban hastellas ya debiles e las succionaban e dejaban solo la zalea, el cuero seco, como quen dice, de las putridas Moscas, bendito sea Dios, que ejercito tan bueno.

Pero con una destas Moscas de endenantes que habia en las telas de las Arañas hice un experimento. La libre, válgame Dios, de su mal antes de que una Araña Gorda se la jambara e la meti con grande esjuerso en un frasco grande e gordo al que hice un bujero mui pequeñito en la tapa pa que respirara e la mire que seguia semoviente e me alegro porque muerta no me servia pal dicho experimento e le eche agua poco a poco en el joyito casi hastarriba e de a ratos sacudia el frasco e miraba la Mosca que flotaba en la agua pero viva e seguia sacudiendo el frasco e mirandole su reacion, pos yo, faltaba mas, sabia que sufria e se ogaba manque era robusta. En un momento que grabose en mi memoria vide que la Mosca saco de su vientre un gusanito amarillo que undiose en el agua e cayo hasta bajo del frasco e que ese gusanito se torcia como lombriz e supe que la dicha Mosca estaba preñada e habia sacado su hijo de la pansa para aliviarse e senti asco e remilgo pero tambien lastima e remordimientos por habela hecho sufrir en el frasco del agua e obligarle a parir en ella. Pero repuesto de mis reparos dieronme ganas de

aplstar ese gusanillo que le dicen larba que tovia no dejaba de torcese e como vide que la Mosca Mamá ya habia fallecido abri el frasco e saquele la agua hasta dejar solo el gusanillo en mi mesa e aplastelo con rabia e coraje porque ningun Matador de Moscas puede dejarse casar con cosas que estrujen su entraña de gerrero, faltaba mas.

E ansina en mi casa de telas de Araña e matando Moscas tamañitas e criaturas me curti pa no sentir resquemor ni trabuco alguno en las mientes sino siendo mas osado e juerte cada dia e dejando contento, como se dice, a mi Tiito Don Chano que veíame mas altibo e con la muncha confianza, como se dice, de mi Mesmo, válgame Dios, e tan pollo que estaba porque en esos tiempos yo tenia nomas dies i siete abriles, como quen dice era mocosito tovia, pero ya bragado contra las asquerosas alimañas que molestan e llevan porqueria de muchos lados e abusan de la buena gente ida como ora mi prima la muertita que se le paraban las Moscas e la mancillaban sin que nada se hiciese, como decia Don Chano con lloros de padre herido, válgame Diosito, probecito.

En la llamada “zona de tolerancia” de estas tierras, que no era más que un conjunto de ocho o nueve establecimientos, casi todos cutres, ubicados a la orilla del Camino Real a Santa Clara, las autoridades consentían, en los siete días que duraban las fiestas patronales, la venta indiscriminada de drogas y bebidas alcohólicas caseras, así como el travestismo, el uranismo, el safismo y otras desviaciones sexuales, para contrarrestar, aunque eso no siempre ocurría, la falta de clientela que, por razones obvias, afectaba a las familias que vivían del esparcimiento ajeno. El único local que en las décadas de los cuarenta y cincuenta registraba llenos totales en esa semana nefanda era La Piqueta del Monje, un congala en donde cada noche, a las once en punto, la hermosa Beatriz Cetina, quien, por cierto, pasaba el resto del año administrando los bienes de su marido, realizaba

un show desnudista de primera calidad, custodiada por dos bravos mastines que evitaban que los espectadores, albrestandos por la sensualidad de sus movimientos, se le abalanzaran, la tocaran o rozaran siquiera las turgencias de su cuerpo. Esto me lo contó ella misma, ya nonagenaria, en su casa de la calle Aduana Vieja, en un barrio obrero de Viniegra, ciudad a la que se fue a vivir cuando se le estropeó el físico.

Cuando no estaba en la iglesia, Moisés Llanes, nacido subnormal, andaba siempre de un lado a otro predicando la palabra de Dios con la venia del padre Garnica que, a pesar de sus impertinencias, lo toleraba, pues acostumbraba yacer de vez en cuando con su hermana Miriam, también retrasada. Con la vehemencia del que sabe que, por ser como es, ya tiene ganado el cielo, Moisés se regodeaba, como el Dante, describiendo, a pesar de sus dificultades para hablar, la variedad de castigos y escarmientos reservados a los descarriados, así como el día, cada vez más próximo, en el que estas tierras, tan bullentes de podredumbre, serían sometidas a la disciplina del fuego. Todo esto, que para muchos resultaba pintoresco viniendo de quien venía, se salió de control la tarde en que Llanes, que ya se hacía llamar Frate Mistagogo, le pidió a Garnica, para después

exigírselo con ademanes violentos, la inmediata sustitución de algunos componentes de la misa, como el incienso, la hostia y la campanilla, por otros, como el kif, las hojas de pasiflora y el palo de lluvia, para crear un efecto sedante en los fieles capaz de aliviar sus dolencias, reconfortar sus corazones y, lo mejor, descubrirles, así fuera transitoriamente, los deleites de la volatilidad angélica, dislates que, como era obvio, lo condujeron, entre lágrimas y alaridos, a la Prisión Municipal en la que poco tiempo después, incomunicado, murió de tristeza como santa Petronila.

De la retahíla de extravagancias, más o menos salerosas, que he recopilado sobre don Basilio Nieva, procurador síndico general y donjuán de estas tierras, destacan dos que, sin duda, lo convierten en un personaje interesante, allende sus habilidades políticas, que las tuvo y en buena cantidad. La primera de ellas es que Nieva solía llevar en el bolsillo izquierdo del chaleco, sin que, por lo demás, se supieran las razones de tal ubicación, las bragas recién usadas, y pulcramente dobladas en tríptico envolvente, de su amante en turno, mismas que sólo mostraba, después de repetidas instancias, al puñado de incondicionales que lo acompañaban al billar cada viernes, antes de su cita amorosa semanal, la cual aprovechaba, entre otras cosas, para reemplazar el amuleto que llevaba por otro más “fresco” y “balsámico” que lo preservara de las “malas vibras”. La segunda es su

desmedida afición por la fotografía espiritista, actividad que le consumía el poco tiempo que le dejaban las féminas y sus afanes en el ayuntamiento, por medio de la cual embaucaba a los crédulos que, con la intención de comunicarse con el más allá, acudían a él para comprobar, entre daguerrotipos, clichés, colodiones, bromuros y placas con emulsión de gelatina, que vivían rodeados de fantasmas y espíritus chocarreros capaces de contactarlos con sus muertos, lo que evidenciaba, una vez más, no sólo la penuria intelectual, sino el aislamiento social del pueblo en aquella época, pues desde 1875, tras el juicio a Édouard Buquet en Francia, se sabía que dichas fotos no eran más que un timo.

Uno de los huéspedes de La Pineliana apodado Bachita, probablemente por su corta estatura, aseguraba haber quedado encinta tras absorber un rayo de luz divina por la coronilla durante su viaje, se conoce que imaginario, a Tierra Santa; rayo que, primero, le anubló la vista y le hizo perder el conocimiento para después recuperarlo permeado por la tenacidad y la clarividencia. Aunque nunca llegó a hablar en lenguas, cosa que deseaba con fervor, ni a sentirse “poseído”, presentaba todos los síntomas, físicos y psicológicos, de una mujer en su primer trimestre de embarazo, incluyendo la cistitis, los cambios de humor y el síndrome del túnel carpiano. En el parte médico redactado por Apuleyo Jaimes, practicante encargado del “pabellón de delirantes”, se dice que, días antes de morir, Bachita se veía angustiado y más inquieto de lo normal, como si el “producto

de Dios” que llevaba en el vientre hubiera sufrido alguna lesión o se hubiera arrepentido de ocupar el cuerpo que ocupaba, por lo que, alegando fastidio por las molestias propias de su estado, se encerró en su celda y se abrió las tripas con un escalpelo que hurtó de la enfermería, atrocidad que no debió de dolerle mucho, pues, además del rictus de alegría y satisfacción con el que se le encontró, en una de las paredes escribió con su sangre la palabra “hosanna”.

Tabaré Martínez Vega, próspero empresario, comerciante acaudalado, estanciero rapaz y poderoso cacique del pueblo, se consideraba a sí mismo no sólo un ciudadano ejemplar, de esos que marcan la pauta en el ser, el hacer y el parecer, sino un filántropo comprometido con la salud emocional de los habitantes de estas tierras, a quienes, en ocasiones, “regalaba” lecciones morales que acallaban sus lamentos y los reconciliaban con su destino, ciertamente modesto, pero tan digno, decía, como el que más. Dentro del amplio repertorio de estrategias, por supuesto despóticas, que don Tabaré usaba para “levantar el ánimo” de sus vecinos, muchos de los cuales servían por un sueldo de hambre en sus plantaciones, ranchos y haciendas, había una, de suyo curiosa, que consistía en hacer deambular por las calles a un grupo de tontos, enfermos, contrahechos

y menesterosos, reclutados por su capataz, el temible Macedonio Reyes, en villorrios y aldehuelas aledañas como Almonte, La Ría, Sietebrechas, Vieira y El Chinchal, para que narraran detalladamente la historia exagerada o fingida de su vida, pródiga en infortunios y adversidades que lograban que los oyentes, horrorizados, se sintieran felices de su miseria y agradecieran las migajas que la oligarquía les arrojaba a cambio de su fuerza de trabajo. Con recursos de ese jaez, Martínez Vega pudo sortear la rebelión de sus explotados hasta 1932, año de su ruina, en el que más de cuarenta peones, encabezados por Tirso *el Negro* Bonilla, saquearon sus fincas, incendiaron sus sembradíos y emponzoñaron su ganado.

Me dice Polifemo Noguera que una de tantas aberraciones cometidas por Apiano Mina, insano y postrer alcalde de estas tierras, fue la instauración, tras una ceremonia oficial a la que acudieron delegados de los villorrios y aldehuelas citeriores y ulteriores, de una ley higiénica denominada “De blatodicidio urinal” que obligaba a los ciudadanos a rociar cada mañana el umbral y las bardas de sus casas con sus propias micciones para repeler y exterminar a las cucarachas que, como todos los meses de mayo y junio, infestaban el pueblo, dándole un aspecto repugnante. La medida, que en un primer momento fue considerada una broma de mal gusto, tuvo que ser acatada sin excepciones, ya que Mina, además de estar loco, tenía trazas de dictador, por lo que, adjunta a la orden, incluyó una lista de sanciones que incluían, para los infractores ocasionales, una

multa equivalente a treinta días de salario mínimo y, para los reincidentes, la incautación temporal o definitiva de sus bienes, los cuales pasarían a formar parte de “las frugales arcas del ilustrísimo Estado”, según sus propias palabras. Por otra parte, en los escasos informes sanitarios conservados en el Archivo Histórico de estas tierras no hay gráficas que demuestren que durante los años 53 y 54, únicos en los que se aplicó la ley de marras, la plaga de cucarachas haya sido erradicada o siquiera vulnerada por las propiedades insecticidas de la chis.

En mi segunda y última entrevista, en una roñosa taberna de Santa Clara, con el mefítico Heliodoro Jaso me enteré de que las memorias del insigne Matador de Moscas —suponiendo, por supuesto, que su tío Leonardo las haya escrito o, más bien, dictado, lo cual es poco probable— fueron llevadas a *El Observador*, luego de su muerte, por su hermana Herlinda Figueroa, partera ocasional, espléndida cocinera y analfabeta, lo cual explica, hasta cierto punto, la ausencia de remitente en el sobre recibido en la redacción del periódico. Lo que Jaso no pudo decirme fue, en primer lugar, si el tío Luciano existió y, en segundo, por qué a partir del tercer capítulo se incluye en el título de la obra el calificativo “póstumas”, si dicho vocablo fue añadido por el propio autor mientras se las dictaba a su sobrino o después y, de ser así, qué motivos, personales o literarios, tuvo para

hacerlo, ya que en los escritos no hay indicación alguna que justifique semejante cambio, o si fue el propio Ambrosio, en su calidad de amanuense, quien lo agregó al pasar en limpio el manuscrito, quizá como un homenaje a su difunto pariente. Al final de la charla, con una asquerosa halitosis que me exigía aguantar la respiración el mayor tiempo posible, Jaso me confesó, balbuceante y al borde del coma etílico, que debido al vergonzoso pasado del tío Leonardo, cuyas salvajes matanzas habían quedado impunes, resolvió convertirse en una basura humana que atrajera y alimentara a las moscas, cosa que, en efecto, empezaba a ocurrir.

Onfalia Quintanilla, la famosa madama virgen de estas tierras, abrió su casa de lenocinio diecisiete años después de matrimoniarse con el temible Macedonio Reyes, capataz al servicio de don Tabaré Martínez Vega, y con su permiso, pues planeaba, por una parte, vivir con mayor holgura al dedicarse a un “negocio seguro” y, *last but not least*, quitarse de encima de una vez por todas a su marido que, desde la primera noche de casados, como es natural, pretendía despojarla de su castidad, cosa que ella, sabe Dios por qué, jamás consintió. Mártir casi bíblica de la frigidez y la anorgasmia, doña Onfalia, quien, por cierto, hacía con creces honor a su nombre, ya que tenía no sólo un bello ombligo sino una cintura deliciosa, redujo en buena medida las palizas que Macedonio le propinaba regalándole un harén y permitiéndole, sin ningún obstáculo, acostarse

cada noche con alguna de sus muchachas, víctimas colaterales de su brutalidad. Cabe resaltar que, al enviudar doña Onfalia, no faltó quien, con regalos y galanteos, buscara obtener lo que su consorte no había conseguido con golpes y brusquedades, pero, fiel a sus convicciones y melindres, la famosa madama virgen de estas tierras se mantuvo íntegra hasta su muerte.

Para obtener un ingreso extra, el palafrenero Consuelo Berciano Ramírez, don Chebe para los amigos, trabajaba de “explicador de películas” con Arnulfo Benavides cuando éste llegaba al pueblo con su cinematógrafo a cuestas para proyectar, en una pequeña carpa que instalaba en el primer cuadrante de la Plaza Mayor, las “vistas”, casi siempre incompletas o deterioradas, que adquiría por unos cuantos pesos en la capital. Pero Consuelo, que además de una voz poderosa y atildada y un indiscutible don de gentes, poseía una imaginación desbordante que hacía que cualquier rollo, así fuera el más tedioso o incoherente, resultara atractivo para la concurrencia, fue agredido por Saturnino Escalera, uno de los empleados de Benavides, quien, al sentirse desplazado de sus labores, le descerrajó dos tiros con un revólver que días antes había comprado en Santa Clara, uno de los

cuales le perforó la tráquea, transformándole la voz en un áspero graznido. En el informe del caso, propiedad, por cierto, del sargento Sancho Valle, se adscribe la “atenuante”, completamente impropia, de que, al momento del atentado, Ramírez salía de una función “para hombres solos” programada por su patrón, a la que había asistido por morbo, pues, como era obvio, sus servicios resultaban innecesarios.

Zutano y Fulana, llamados así por amigos y familiares debido a su “bochornoso comportamiento”, protagonizaron el clásico drama del buen viejo y la bella muchacha en la primavera de 1957, idilio que los convirtió, de la noche a la mañana, en la comidilla del pueblo, al grado de que, hartos de las insidias, decidieron quitarse la vida ingiriendo raticida en un hotel de Almonte, el villorrio más cercano a estas tierras. Sin embargo, el destino, que a todos pone en su lugar, frustró parcialmente sus planes de inmolación, pues Zutano, que en realidad se llamaba Prisciliano Mejía, viudo desde los veintinueve años, calvo, rechoncho, rengó y desempleado sobrevivió al envenenamiento, mientras que Fulana, cuyo nombre verdadero era Ludmila Lazo, estudiante de secundaria e hija de familia, hermosa, ingenua y menudita, delicada e introvertida, falleció de un paro

respiratorio tras una larga agonía. A pesar de este penoso incidente, la señora Engracia, sobrina de Mejía, me contó que su tío, que desde joven practicó el mitridatismo, padeció durante meses los insultos y la acritud de la canalla que lo orillaron al destierro, muriendo a los noventa y tres años en un confortable bungalow del Puerto de Viniegra, en paz y acompañado de sus hijos, sus nietos y su segunda esposa, por cierto muy guapa.

Francisco Dueñas Baz, mayorazgo de Servando Dueñas Ercilla y antiguo legatario del diario *El Observador*, me puso en contacto con el doctor Silvestre Tenorio Viñas, jefe del Departamento de Gestión Documental de la Universidad “Luis Quinto” de Alta Villa, quien, a su vez, me facilitó, previa solicitud por escrito, copias fotostáticas de las últimas dos entregas de las memorias del insigne Matador de Moscas aparecidas en 1936 y, por si fuera poco, me reveló —pues ha estudiado como nadie la importancia de la prensa escrita en la vida social de las Provincias del Noroeste durante la primera mitad del siglo xx— que su publicación no tuvo repercusión alguna, ni para los lectores de su tiempo, de por sí escasos al tratarse de un periódico local, que la vieron como un simple divertimento, ni para el propio Dueñas Ercilla que, fascinado con los escritos, trató de localizar a su

autor sin conseguirlo. Sin embargo, don Francisco Dueñas me dijo, el día que lo conocí en el Redondel de los Poetas Impolutos, allá en la capital, que de habérselo propuesto seriamente, su padre habría dado con el paradero del autor de “semejantes bodrios” y que, si no lo hizo fue, primero, porque no quiso y, segundo, porque las propias memorias le indicaban que “ya era fiambre”. Más claro, ni el agua.

Memorias postumas del mui insine
Matador de Moscas, heroe anonimo
desta comunidad (IV)

E una ves que dormia despertome de mi sueño un picor en el braso e mis manos que era una Mosca que se lambia las patas e tambien movia su trompa pa darme un beso de amor putrido, válgame Dios, ansina desos que traen muerte. E la Mosca se me metia en la boca e se me salia por la orejas e la naris e me sentia bien e bonito con ella como si juera mi novia e andaba por el pueblo con ella e luego mas Moscas venian e juntabasen conmigo e andaba yo con mi hato de Moscas e Moscardones e Tabanos e otros bichos en las manos e con mierdas de Humanos e Canes, ansina traiba yo mierdas de Humanos e Canes metidas en las ropas e por eso las Moscas, que son escatofagas, como decia don Chano, se avenian conmigo, e yo recojialas de la tierra e de los arboles e recojia tambien mas serotes e con los serotes mas Moscas se juntaban e venian a pararsemen en el

cuerpo, válgame Dios, que yo sentia como si fuera todo un calambre con muchas patitas de insecto sobre dél. Porque las Moscas, faltaba mas, no se miban pero se movian por la piel e yo sentia bonito e mui gracioso e con ellas estaba mui contento e feliz porque las sentia como familia de veras, como mis amores, válgame Dios, hasta que despertaba porque no despierte pos seguia dormido e la Mosca prima no habiame despertado nunca sino finjido hacelo e senti mucho coraje de ser en el sueño un novio o esposo de las Moscas putridas e cochinas e puercas marranas tambien, válgame Dios, que se paran en las cacas como las que yo traiba en mis ropas mui contento.

Ansina soñando lo mesmo e haciendo gerra eh pasado muchos años del Señor, matando Moscas e sabiendo, válgame Dios, sus cosas dellas, como que unas se llaman irritantes, otras sepulcrales, otras mortorias, otras vomitonas, otras cadavericas, otras sarcofagas que son las mas peligrosas, otras sorbesangres que mesmamente lo son, otras putridoras, otras sordidas, otras barbaras, otras emasculantes que inoro lo que significa e otras, válgame Dios, devorahombres que se comen los cuerpos de los Cristianos muertos como el de mi primita e que segun estos nombres ay tovia mas, muchos deveras, casi como Gente en el Mundo e que ellas son el acabose de la Humanidad, como se dice, el final del reino Humano en la Tierra porque ya cuando nadien haiga habra Moscas, que ellas no moriran. Manque dice mi Tio Don Chano que nomas onde haiga gente habra siempre Moscas porque gente e Moscas son casi lo mesmo e yo le creiba porque Don Chano ya esta grande e dice muchas verdades porque dice, por exemplo, que ver las Moscas es ver hambre e la pobreza de las Gentes e quen combate las Moscas, como ora yo Maton

de Moscas noble e valiente, debe peliar tambien contra hambre e la pobreza e peliar contra las Gentes que las hacen, pero dice tambien quel Matador de Moscas, como ora yo Maton de Moscas mui noble e valiente, no es heroe sino cosa distinta del heroe porque siempre pierde las batallas e que por eso es malenconico que quiere decir que siempre esta triste e pesadumbrado por fracasar e perder la guerra e que por eso, válgame Dios, dice Don Chano, que en veces me parece loco o tocado del cerebro, que muchos se quitan de matar Moscas porque nunca se acaban e porque nunca se acaba hambre e la pobreza de las Gentes e que pa bien matar Moscas ay que asesinar Hombres tambien osea Cristianos, matar Gentes porque las Gentes hacen hambre e la pobreza e las miserias e las suciedades e la pestilacion e la malenconia del Matador de Moscas, como ora yo Maton de Moscas noble e valiente.

E que entonces, dice Don Chano, el que mata Moscas puede matar tambien Hombres Malos e que ansina eso, dice Don Chanito, lo harase heroe de veras e no simple Matador de insectos e alimañas sino Matador de la Mosca Grande llamada el Diablo ques como decir de la Maldad del Mundo e que por eso mesmo si gusto ser heroe debo ser insine e mandar la señal de matar los Males del Mundo hechos Moscas e Hombres Malos, tronandolos e aplastandolos. Ansina, válgame Dios, con ayuda de mis telas de Arañas e mis fieras Arañas como ejercito divino, faltaba mas, batallo contra las Moscas pa que sus trompas no sucionen el Bien del Mundo e de los mui Buenos Matadores de Moscas como ora yo, válgame Diosito, socorreme, Señor.

Me dicen que Rodolfo Quijada, desconfiado y arisco como dictan los cánones de la psicopatía, logró reunir, con grandes esfuerzos y morbosa fascinación, una muy apreciable “biblioteca del desastre” compuesta por libros, revistas y folletos sobre catástrofes naturales —incendios, terremotos, maremotos, epidemias, huracanes, diluvios, sequías, erupciones volcánicas—, así como guerras, matanzas, linchamientos, suicidios colectivos, hambrunas y, en general, toda clase de situaciones o conflictos capaces de refutar la pretendida fortaleza humana. Me dicen también que es probable que su afición a este tipo de literatura, que sólo de manera tangencial podría calificarse de sensacionalista, comenzara cuando su padre, el almirante Praxedis Quijada, le obsequió un ejemplar del *Gran libro de los buques zozobrantés*, escrito por uno de sus colegas, y del cual, tristemente,

no existen datos en el Catálogo Nacional de Ediciones. Finalmente, me dicen que en la colección de Quijada, que poco después de su ingreso al Ancianato Municipal su hermano vendió por partes a Segismundo Mancilla, profesor de sociología de la Universidad Popular del Noroeste que acostumbraba vacacionar en estas tierras, se encontraba una copia del famoso opúsculo, hoy perdido, *De la imposibilidad de sentirse bien*, de Hernando de Villafañe, un oscuro monje dominico que, a finales del siglo XVIII, fue acusado de hereje por la Inquisición.

El cartero Dalmiro Falla se prendó de su prima Isabel Rodríguez luego de que ésta, con la intención de embromarlo, le coqueteara con guiños y sonrisas en la 46ª Kermés de la Parroquia del Sagrado Silencio organizada por el arzobispo Eleusis Valdemar, quien, a pesar de sus enfáticas intercesiones, no pudo sofrenar los ímpetus amorosos del muchacho, propenso desde niño a la psicosis pasional. La broma, que despertó la ira de los padres de Isabel al grado de precipitar su matrimonio con Lautaro Arriola, vástago de un acaudalado comerciante de La Ría, le costó cara a Dalmiro, pues, obsesionado con su prima, se apostó afuera de su domicilio con el objetivo, jamás alcanzado, de entrevistarse con ella, impedimento que terminó de trastornarlo mientras convertía uno de los terrenos aledaños en su observatorio personal. Una profunda desazón sintió

Isabel cuando, meses después del incidente, en las inmediaciones de la oficina postal, se topó con Dalmiro, cuya efigie zarrapastrosa la hizo temblar de miedo, sin que su otrora enamorado diera visos de reconocerla, lo cual, años más tarde, le permitió, con el permiso de su marido, visitarlo de cuando en cuando en La Pineliana para oírle contar, entre tartajeos y gemidos, la cruel historia de la bruja que lo había “aojado”.

Con el pretexto de veranear en estas tierras carentes, por cierto, de atractivo turístico, el “maestro” Christopher Alexander de Winter, especialista, según sus apócrifas credenciales, en el arte de la psicagogía, “estudió”, a finales de los cuarenta, la constitución anímica de sus habitantes, extrayendo de sus observaciones, disimuladas por el velo de la cotidianidad, un conjunto de datos con los que elaboró un controvertido esquema tipológico que, sin base científica reconocible, definía a los naturales como sujetos mezquinos y cobardes *ab ovo*, farsantes, perversos e hipócritas, poco dados a la convivencia desinteresada, tendentes a satisfacer sus más bajas pasiones y a regodearse en la desgracia ajena —De Winter empleaba el vocablo alemán *Schadenfreude*—, reacios al esfuerzo y al progreso, y una sarta de sandeces más que pretendía usar para tramitar un permiso

municipal que le permitiera, de forma expedita, abrir un Centro de Sanación del Alma como el que había tenido en Santa Clara, antes de que las autoridades lo persiguieran por haber violado a una de sus pacientes. Todo esto me lo contó —y luego me lo confirmó mostrándome los documentos pertinentes— doña Silvina Baroja, dueña de la casa de huéspedes en la que, mientras estuvo en el pueblo, se hospedó De Winter, cuyo nombre verdadero era Cristóbal Orihuela. Lo que hay que oír.

Aparece en la *Gaceta Capitular*, volumen XXXIX, número 209, correspondiente a los meses de septiembre y octubre de 1941, una breve aunque sustanciosa crónica, sin firma, sobre el paso por estas tierras de la efigie monumental de la diosa Antigua, esculpida en piedra hace más de siete siglos por indígenas de la región, de acuerdo con el recorrido trazado por la Secretaría de Cultura, Deporte y Fiestas Tradicionales de las Provincias del Noroeste, antes de enfilarse rumbo a Santa Clara, ciudad en la que, a finales de noviembre, coronaría la exposición itinerante “Raíces cúbicas: ciencia y religión entre las tribus aborígenes”. Aunque la crónica, escrita de manera descuidada, refiere el pavor experimentado por los pobladores frente a la escultura, debido, quizás, a sus múltiples rasgos zoomorfos, no comenta, sin duda porque dicho suceso no le

pareció digno de atención al autor, el trastrocamiento que Cornelio Vallarino, meritorio en las oficinas del ayuntamiento, sufrió al ver a la diosa, recién restaurada por un grupo de antropólogos, al grado de abandonar familia y trabajo para integrarse al séquito de voluntarios que la acompañarían en su procesión por todo el país. Cabe señalar que la Antigua, que durante años se exhibiría bajo una de las pérgolas del Parque de los Bandoleros, en Garmendia, quedó destruida en 1966 cuando un sismo de grado VIII en la escala de Mercalli hizo que un colindante edificio de departamentos, próximo a ser demolido, le cayera encima.

Doña Pastora Machaín, descendiente de argentinos, recuerda que, cuando era niña, visitaba a una prima, mucho mayor que ella, que cada lunes, después de alimentar a las gallinas, volvía con dos o tres ratoncitos, de esos que habitan en los silos y las trojes de estas tierras, que libertaba en su casa para luego, chancleta en mano, despanzurrarlos sin compasión, cosa que jamás ocurría, no sólo porque los roedores, más rápidos que ella, se escabullían hacia el patio por debajo de la puerta, sino porque su prima sufría de artritis reumatoide, lo cual le impedía arrojar la chancleta con la potencia suficiente para, siquiera, lastimarlos. Lo gracioso del caso, dice doña Pastora, fue que nunca pudo descubrir de dónde sacaba su prima los ratones, si ponía trampas para capturarlos o alguien se los daba a hurtadillas, y que, cuando la cuestionaba al respecto, aseguraba, entre

risas y evasivas, haber tenido en su juventud un novio, estudiante de medicina, que le había recomendado dicha “terapia” para combatir la hinchazón y desentumir las articulaciones, lo cual, por supuesto, era falso. Por otra parte, agrega doña Pastora, lo inquietante del asunto fue que, durante el velorio de su prima, montones de ratones aparecieron en las inmediaciones de la casa como si hubieran ido, no a constatar la caída de un adversario, sino a despedir a un viejo camarada.

Llama mi atención una crónica, pésimamente escrita, aparecida en *El Observador* el 9 de junio de 1940 y firmada por un tal Gumaro Carrera, en la que se relata la fuga de cuatro “maricones” —así los llama el autor— de la Prisión Municipal tras narcotizar, con fuertes dosis de beleño molido metidas de contrabando durante la visita familiar de los domingos, a los escasos guardias que vigilaban con desgano a los internos, hecho que precipitó el cierre definitivo de la institución, famosa por la displicencia de su personal, y el ulterior traslado de los presidiarios a las cárceles de Sietebrechas y San Robles, las más próximas a estas tierras. Al parecer, los “manfloros” —así los llama el autor—, que habían sido encerrados por el simple hecho de serlo, jamás fueron perseguidos porque, antes de huir, sustrajeron algunos papeles que comprometían la reputación

del director del penal, enamorado de uno de ellos desde su ingreso. Aprovechando la confusión —concluye el autor—, un pollastre malencarado que había sido recluido por su propio padre dizque para enderezar lo que la naturaleza, en su infinita estulticia, había torcido, se escapó también, pero, para su desdicha, fue capturado de inmediato.

Ganador de un accésit en los XXVI Juegos Florales de las Provincias del Noroeste, Abdías Aburto Andrade, indiscutible erudito a la violeta, dedicaba su tiempo libre, que abarcaba casi todo el día, a importunar a sus semejantes con las gansadas que le emanaban de la sesera, muchas de las cuales irritaban tanto a sus interlocutores que se mordían los labios para no insultarle, pues Abdías, que se inventaba todo lo que no sabía, se burlaba de ellos, les corregía la forma de hablar y minimizaba sus méritos intelectuales haciéndoles ver que los dioses —aunque nunca aclaraba a cuáles se refería— daban a unos la facultad de obedecer y, a otros, los menos, la de ordenar, concediendo además a estos últimos la potestad para juzgar lo dicho y hecho por los primeros. Así vivió el autor de *Coplas de papel* hasta una tarde en que, tras hacer una apología del borreguismo laboral

en plena asamblea de la sección 5 del Sindicato de Trabajadores Metalúrgicos de la Nación, realizada en el Café de Tovar, recibió una golpiza tan salvaje que desde entonces tuvo que usar una sonda para orinar. Esto me lo confesó, profundamente avergonzada de tener un hijo “filisteo, bueno para nada y con el bagaje cultural de un cavernícola”, su madre, doña Ruperta Andrade, antes de proporcionarme, compelida por mi insistencia, un ejemplar de su segundo poemario que, al igual que el anterior, resultó un caldibaldo.

En mi excursión a la Gruta del Ahorcado, llamada así porque en 1871, año de su descubrimiento, un grupo de expedicionarios halló en su interior un cadáver con atuendo dieciochesco colgado de una de las estalactitas, conocí a un mendigo con elefantiasis que me contó, sumamente indignado, cómo antes de dedicarse a pedir limosna cobraba por mostrar sus piernas, deformadas por la inflamación y las fisuras subcutáneas, en la comodidad de su hogar, sitio que había acondicionado como un pequeño teatro, con luces, serpentinatas y banderines multicolores, en el que sus hijos, a los que no había dado educación y que ahora jalaban el carrito que lo llevaba a todos lados, realizaban cabriolas y machincuepas para mantener entretenidos a los visitantes que, por una cuota extra, podían tocar sus extremidades amoratadas y purulentas. No obstante, el robo de sus ahorros a

manos de una banda de asaltantes lo hizo recapacitar y asumir, de una vez por todas, el carácter expiatorio de su enfermedad, por lo que decidió renunciar al “mundo del espectáculo” —ésa fue la expresión que utilizó— y vivir de la caridad, decisión de la que, por lo demás, comenzaba a arrepentirse debido a la inmensa generosidad de sus limosnadores. Así, pues, mientras “se le pudría la mitad del cuerpo” —ésa fue la expresión que utilizó— su alma entera vacilaba.

A pesar del trágico final de Inocencio Martínez Calleja, su vida, como la de cualquier señorito ocioso y cretino, estuvo repleta de goces y placeres inimaginables para las personas ajenas a su condición y, necesario es decirlo, a sus intereses y perversiones, pues Chenchito, como le llamaba su nana, doña Esclavitud Pereda, poseía una fastuosa colección de juguetes y artilugios eróticos, muchos de ellos traídos del Oriente, en una época en la que resultaba muy difícil adquirirlos, aun a cambio de exorbitantes sumas de dinero. Tras la temprana muerte de su propietario, la colección, que incluía, entre otros objetos, látigos, almohazas, pinzas, grilletes, bolas chinas, correas y cuerdas de seda, corsés, antifaces, disfraces, fotos pornográficas, dilatadores rectales, extensores y anillos para el pene (incluyendo uno antiquísimo hecho de ojo de cabra), consoladores

de piedra y madera y viejos vibradores para tratar la histeria femenina, quedó en manos de su padre, quien la conservó intacta hasta 1932, año en el que le fue robada por una turba de peones explotados. Según el investigador Leovigildo Corcuera, en esa colección se hallaba también un ecléctico cuadernillo, no se sabe si compuesto o transcrito por el propio Chenchito, titulado *Brevísima disertación sobre la monta de damas y sus avíos cosméticos y materiales, engalanada con descripciones detalladas de su funcionamiento y mejora, con testimonios auténticos recopilados por un estudioso de tales menesteres, escrita en la Campiña de Tais por un distinguido caballero de la Orden del Tantra y miembro de número de la Excelentísima Academia del Fornicio*, el cual, para desgracia de los concupiscentes, se perdió sin remedio.

Memorias postumas del mui insine
Matador de Moscas, heroe anonimo
desta comunidad (V)

Pa enseñame mi Tio habia hecho Moscas de mentiras con ilos e birutas pintadas de verde e pardo e azul brillante. Me ponía desde chiquillo las Moscas de mentiras dentro e fuera de la casa e yo las buscaba, entraba e salía a batallar con ellas hasta que me cansaba. Pero un día, después de muchas masacres me cansé de verdad e díxelo a mi Tiito ya resopló e estoy cansado e muy mal de mi cuerpo e de las mientes por perseguir Moscas cochinas todos los días, e mi Tio rojillo de la cara e luego negro hizo mucho coraje e se murió ai mismo, sin decirme nada pero muino por mi cansancio e por ver que su soldado, ora yo, se rendía al enemigo que era mucho e pesado porque nunca se acaba. Tovia recuerdo los ojos de pistola del Tio Luciano antes de irse pal cielo, porque en el cielo está, faltaba más, como buen maestro Esterminador e Asesino de Moscas noble e valiente.

Si endenantes era yo malenconico, como decia mi Tiito Don Chano, ora pior porque se habia muerto, válgame Dios, que en paz descansa. E sin pastor que me trajiera por el Mundo me desbalage e perdi en el licor ques malo como las putridas Moscas manque sabroso e ansina anduve muchos años, borracho perdido e alegre por juera pero sin perro que me ladre e sin quiacer porque le juia a las Moscas e no las podia ver ni pintadas pero no por miedo mas porque me recordaban a mi mui querido Don Chanito, muerto por mi rajadez. E por eso mesmo en mi delirio de briago munchas Moscas que llegaba ver en veces tenian cara de Don Luciano e me hablaban o pior se reian de mi, burlabasen a carcajadas e señalabamen con sus patitas e con sus alas e con su trompa asquerosa e manque me sacudia la cabeza no se callaban e seguian con burlas muncho rato hasta que me dormia asustado con las manos en las orejas.

E un dia que jui al camposanto a visitar a Don Chano un chico rato por complir años de difunto vide otra ves a la Mosca Grande, el Belcebu, Señor de las Moscas, parada en su tumba e como diciendo aqui stoi otra ves como endenantes, esperando la batalla final puerco, pero no tenes juersas pa mi, mendecato, pos soi el Mal del Mundo e no me acabare, pobre de ti, que ni Dios tenes solo vino que te pudre las tripas e ansina briago voi a rajarte rapido, tonto e parlurdo e mas palabras soeces decieme el Diablo en la tumba de Don Chanito e me ponía mas triste de lo quiba e con ganas de llorar por munchas oras hasta secarsemen los ojos e ansina anduve mas dias todo pachurrado e mas bebia e bebia e mas me enbrutecia pa no acordarme de Luciano ni del Moscardón Grande e Negro e Peludo quera el Don Diablo, Mal del Mundo, que lo ay.

Pero Diosito me socorre desde Pascuas e con su juersa e sin gota de licor en mis tripas repuseme e aqui voi de nuevo, faltaba mas, con mis ejercitos de Arañas que eh vuelto hacer e sus nidos e telas de Arañas en mis paderes listas pa trapar a las malditas Moscas que no se rinden e que se han hecho muchas con sus gusanillos en estos años de no haber insine Matador de Moscas, heroe anonimo e noble e valiente caballero desta comunidad que se bate con ellas, asquerosos insetos, mientras espera con pacencia que venga la Mosca Mayor, la Mosca Grande, como quen dice, que retóme porque era el mismisimo Diablo, Don Belcebu, el Señor de las Moscas, Mal del Mundo que lo ay e mucho, válgame Dios, socorreme Señor que quero vencer.

Tras cuatro décadas de practicar el senderismo en los incultos alrededores de estas tierras, Elpidio Cánovas Goytisolo, que en sus mocedades trabajó como cicerone en Garmendia, a la sazón capital de la República, perdió el juicio, por lo que su familia, reducida a dos hijas y un yerno, decidió consultar al eminente psiquiatra Honorato F. Aragón —conspicuo personaje del que se echa de menos una buena biografía—, el cual, después de reconocerlo, le diagnosticó un incurable automatismo ambulatorio, mejor conocido como “dromomanía obsedante”, ordenando su inmediata reclusión en la Quinta Frenopática “Fulgor Matinal” de Santa Clara o, en su defecto, en alguna vivienda, de preferencia amplia, en la que pudiera ir de un lado a otro sin ser molestado, ya que, de lo contrario, su vesania podría tornarse violenta. Pasmada por semejantes noticias, Mariquita,

su cándida y aprensiva hija menor, casada con don Tarcisio Herrán Cota, decidió “asilarlo” en una boyera de 200 m², propiedad de su suegro, que acondicionó con un pequeño dormitorio al que, cada mañana, le llevaba los alimentos. Sin embargo, sólo dos meses duró Elpidio en su boyera, pues, sin temor a los riesgos, escaló la malla de alambre que le impedía “conocer tierras” y huyó para siempre.

Hojeando la *Herbolaria divergente* del padre Agustín de Ortuño y Calveyra, Mariana Tizón Arteché encontró el remedio para la caquexia que mantuvo postrado a su marido, don Bernabé Tercero, después de sobrevivir a la tuberculosis. Sin embargo, esta prueba de amor, como todas las anteriores, fue mal correspondida, pues Bernabé, viéndose libre de las ataduras que por años lo inhabilitaron, “le dio vuelo a la hilacha”, como se dice coloquialmente, engañando a su mujer con cuanta enagua se le cruzó por enfrente, esparciendo su semilla a lo largo y ancho de las Provincias del Noroeste, incluyendo la capital Santa Clara, en donde se le contabilizaron varios fornecinos que, al morir, acudieron a reclamar la parte de la herencia que les correspondía. Además de padecer desaires más o menos frecuentes y de cargar prácticamente sola con la

responsabilidad de mantener a sus dos hijos, Fausto y Atenea, doña Mariana, que por más que insistió jamás obtuvo el divorcio, crio también a Tincito, uno de los vástagos ilegítimos de su marido, cuya madre, hermana de la propia Mariana, murió al dar a luz, según me cuenta uno de sus nietos mientras bebemos una limonada en el restaurante Los Abriles.

Fue en el otoño de 1957 cuando la gendarme Epifanía Briceño abatió a Nicanor *el Alacrán* Góngora Senties, cocainómano escondido en estas tierras luego de asesinar, en volandas por los efectos de la droga, a su esposa e hijos, machacándolos con un martillo. Por su valentía y pundonor, Epifanía fue condecorada con una venera chapada en oro de dieciocho kilates, traída a propósito de la capital y grabada con la figura de una mujer encrespada y harapienta, con los ojos vendados, un puñal en una mano y una tea encendida en la otra —emblema que, según los iconologistas, no representa a la justicia sino a la anarquía—, la cual presumió entre sus compañeros junto con una gratificación que le sirvió para organizar un alboroque en el que, después de muchas griterías, trapisondas y pleitos, le robaron la venera, fechoría que denunció a sus superiores quienes, en

lugar de socorrerla, la acusaron de lucrar con un premio oficial y de vilipendiar al Honorable Cuerpo de Policía, degradándola de cabo primero a cabo segundo e imponiéndole una multa que le costó lo poco que le quedaba del premio recibido. Así me lo platicó su psicasténica hija Diana Donoso el tristísimo día de su sepelio.

Victorio Grijalva Canales, originario de un pueblo bicicletero llamado Perdigueras, en la costa sur del país, comenzó a experimentar con su cuerpo hacia finales de 1910, imponiéndose primero una serie de retos sencillos —como dejar de comer por varios días, correr hasta desplomarse, pincharse el cuerpo con agujas y alfileres, oprimirse las órbitas de los ojos, golpearse los testículos, morderse los brazos y arrancarse puñados de cabello— que superó fácilmente y sometiéndose después a severos castigos —como aplastarse los dedos con un martillo, arrancarse las uñas, introducirse mondadientes por la uretra, cortarse y quemarse la piel, lanzarse desde la azotea de su casa y estrellar la cabeza contra las paredes— que sólo un faquir de la India habría mirado con desdén. En el fondo, lo que Victorio quería, a juzgar por los escuetos comentarios que emitió durante su

fugaz paso por estas tierras, era ahondar en la naturaleza humana y demostrarle al gran público, “esa sarta de mequetrefes que no distinguen entre un payaso y un científico”, que la resistencia frente al dolor, finalidad perseguida por líderes y gobiernos de todo el mundo, no es más que un signo inequívoco del decaimiento de la especie y la mejor manera de producir autómatas insensibles como él. Así lo confirma Luis Atilio Argüelles en su estupendo libro *Victorio: la derrota del dolor*, publicado por Ediciones Aqueronte en 1963.

Don Nicasio Hijuelos, diligente *exsombbrero* de estas tierras, me platicó que a su amigo de la juventud Zacarías Baranda, apodado el Trasunto por ser la viva imagen de su hermano mayor Wenceslao, fallecido a los ocho años, le gustaba ir a los cabarets de Santa Clara no para disfrutar de la variedad, sino para colarse hasta los camerinos en busca de lo que, con premeditada afectación, denominaba “las turgencias posteriores de la felicidad”, pues luego de porfías e insistencias, y debido sobre todo a su misteriosa donosura, lograba sobarles las nalgas a las bailarinas, cosa que, según Nicasio, no le redituaba en poluciones sino en bienaventuranza, ya que después de hacerlo sentía robustecido el espíritu por un par de semanas. La afición a “frotar culos” de Baranda se terminó cuando las muchachas del Club Astracán, cansadas de satisfacer los incomprensibles

apetitos de este descendiente del dios Pan que, sin embargo, les dejaba muy buenas propinas, resolvieron darle un escarmiento haciendo pasar a uno de los empleados de limpieza por una exótica bailarina austral llamada Albricia, la cual, luego de dejarse magrear por Zacarías, le reveló su verdadera identidad, sumergiéndolo desde entonces en una tenebrosa depresión de la que, según Nicasio, jamás se recuperó. Aunque parezca inverosímil, víctima de un alazán que lo arrojó cabeza abajo, el Trasunto murió a los veintiocho años de edad en el Paseo de la Penitencia, el mismo paraje en el que, dos décadas atrás, su hermano había sido atropellado por un percherón desbocado.

De febrero a septiembre de 1959 el renombrado escritor Filiberto Elcano, conocido por los lectores como Álvaro Castelló, vivió en estas tierras, tan alejadas de las musas, en una cabaña que le alquiló a Medardo Santos, cabecilla de los comerciantes del antiguo Mercado Municipal, con la idea, recurrente en su gremio, de alejarse del mundanal ruido y encerrarse a escribir lo que, para muchos, sería no sólo su mejor libro, sino una de las obras maestras de la literatura contemporánea: la novela *Los diamantes del ayer*. Sin embargo, antes de mudarse, Castelló pasó varios días acondicionando su nuevo hogar con tablas que mandó traer de la carpintería de Noé Bartolo —al que, por cierto, le gustaba que lo llamaran “ebanista”, a pesar de nunca haber trabajado con maderas finas—, mismas que, con la ayuda de tornillos, bisagras, armellas y mosquetones, sujetó a

las paredes para hacer mesas desplegadas que le permitieran trabajar donde lo sorprendiera la inspiración, así fuera en el baño o la cocina. Aunque esta nimiedad ha quedado asentada en el capítulo decimonono de su genial *Autobiografía*, Castelló no dice —quizá porque nunca lo supo, ya que jamás volvió al pueblo— que los pocos habitantes de estas tierras que lo conocían le retiraron el saludo a Medardo Santos tras enterarse de que, encolerizado por los daños causados a su propiedad, desmontó y trituró las tablas, algunas decoradas con dibujos y frases sueltas, en donde el maestro, no sin esfuerzos sobrehumanos, había concebido y alumbrado su *magnum opus*.

En su *Jardín de recuerdos imborrables*, obra que, finalmente, he podido consultar, el profesor Euclides Gonzaga recupera una curiosa anécdota sobre la erección, a la postre fallida, del Gran Monumento a los Fundadores de Nuestro Pueblo en las postrimerías del siglo pasado. Resulta que, tras hallar la osamenta de un recién nacido en una de las zanjas excavadas para cimentar, la cuadrilla de albañiles encargada de la faena se negó a continuar con las labores pretextando que la tierra, ya ocupada, no admitiría otra intrusión, por lo que la construcción, apenas en ciernes, debería ser cancelada o reubicada, asunto con el que, por supuesto, el ingeniero Ataúlfo Ureña, supervisor del proyecto, no estuvo de acuerdo. Aunque, con el paso de los meses, se contrataron más cuadrillas, ninguna se atrevió a concluir los trabajos, debido no sólo al obstáculo antes mencionado, sino a

que el diseño del arquitecto Fidel Samaniego presentaba múltiples deficiencias que hacían imposible la edificación del monumento, misma que quedó interrumpida hasta que, bajo la administración del alcalde Clavijo —quien, por cierto, para congraciarse con la población mandó traer de Santa Clara un ángel de bronce con las alas abiertas que se colocó en la punta de la columna principal y que, meses después, tras despeñarse, decapitaría a un cristiano que dormía la mona en una de las escalinatas— se concluyó, dando paso a una serie de festejos como nunca se habían visto en estas tierras.

Apéndice: el Corvo Anguía

Todos los hombres que ansían aventajarse a los demás animales deben procurar con sumo empeño que no transcurra su vida oscuramente como la de las bestias, a quienes la naturaleza creó curvadas hacia la tierra y esclavas de su estómago.

SALUSTIO
Conjuración de Catilina

Conocí a Augusto Anguía, apodado el Corvo, en enero de 1977. Yo acababa de regresar del extranjero sin un peso en los bolsillos. El rompimiento con mi exesposa me había sentado tan mal que, hartado de pisar el mismo suelo que ella, viajé al sur para olvidarla y recuperar la poca dignidad que me quedaba. Desestimando el futuro dilapidé mis ahorros en alcohol, libros y mujeres, pero, dos semanas antes de volver, vendí los libros para pagar mi pasaje y los últimos días de alquiler del cuarto que ocupaba en una residencia de estudiantes.

Así, pues, llegué al país en calidad de indigente. De no haber sido por mi padre habría dormido en la calle. Ya más despejado y listo para continuar, me dispuse a buscar empleo. Solicité una plaza como profesor en la universidad, pero me rechazaron. Varias

semanas después, “con ayuda de la Divina Providencia”, como decía Anguía, obtuve quince horas de clase en una secundaria de la periferia, lo cual me obligó a conseguir departamento.

Hurgando en el periódico encontré uno a pocas calles de la escuela. Aunque sólo era un cuarto con baño lo tomé enseguida, no tanto porque se pareciera al que ocupaba en el extranjero, sino porque no deseaba seguir buscando. Situado en la parte frontal de una vieja vecindad, cuyos “departamentos” enmarcaban un reducido patio, me instalé de inmediato. Poseía pocas cosas, pero pensaba comprar lo necesario con mis primeros sueldos.

Anguía rentaba una de las viviendas interiores de la vecindad, precisamente la que se encontraba en el extremo opuesto a la mía, al otro lado del patio. Quizá por eso fue el primer vecino al que vi. Como tenía la puerta abierta advertí con estupor los cientos de libros que tapizaban sus paredes. Leía sentado en un banco, tratando de calentarse con el sol.

A los pocos días de mi llegada se acercó para darme la bienvenida y ofrecerme su ayuda en caso de necesitarla. Se lo agradecí con sinceridad, aunque su aspecto me incomodó. Era corto de estatura, un tanto jorobado y con las piernas arqueadas, como si se las hubieran doblado con un mazo. Caminaba apoyándose en un bastón. Aunque de mirada chispeante, sus rasgos parecían los de un simio. Lejos estaba de saber que ese individuo contrahecho, sucio y desaliñado se convertiría en uno de mis mejores amigos.

El Corvo no salía. Sus únicas excursiones al exterior, una o dos veces por semana, eran al almacén donde compraba lo necesario, siempre muy poco, para alimentarse. Jamás volvía con otra cosa que no fueran víveres y periódicos. Aunque, como ya dije, poseía

muchos libros, los había adquirido en el pasado, tanto que daban la impresión de formar parte estructural de su vivienda. Lo mismo pensé de las pilas de papeles amarillentos que, de forma inverosímil, hacían equilibrio sobre el piso.

Por las mañanas, al salir rumbo a la secundaria, veía al Corvo sentado en su banco, leyendo. Al volver por la tarde lo encontraba de espaldas, frente a su mesa de trabajo, tomando notas. Eso era lo que hacía todos los días, incluso los fines de semana. No necesitaba trabajar, ya que se mantenía gracias a una modesta pensión que le había dejado su madre. Aunque alguna vez quiso ser periodista, su dificultad para moverse lo disuadió.

Nuestra amistad creció naturalmente, producto de las conversaciones, cada vez más frecuentes, que entablábamos por las noches. En nuestras charlas pasábamos de los tópicos coyunturales a intensos debates sobre literatura, historia, filosofía y arte. A veces, siguiendo el hilo de sus pensamientos, Anguña me hablaba también de mecánica automotriz, tema que le apasionaba. Platicábamos, aunque a veces sus alocuciones me obligaban a callar, hasta altas horas de la madrugada. Como el Corvo era abstemio bebíamos café y fumábamos tabaco o mariguana. En ocasiones cenábamos juntos.

Fue así como, en una de esas charlas, me contó que planeaba escribir un libro sobre su pueblo; un libro diferente, me dijo, “como una historia de sucesos notables que recojan lo más representativo de mi terruño”. Se llamaría *Historia estimable de estas tierras*, título que de inmediato reprobé por rudimentario y cacofónico, cosa que no le importó, pues había llegado a él después de mucho meditar sobre su contenido.

Ahora, años después de su muerte, me sigue sorprendiendo no haberle preguntado nunca por el nombre de su pueblo, por el nombre de lo que él, en sus notas, llama “estas tierras”. Pensé que al revisarlas mi duda se disiparía, pero no fue así. Por ningún lado encontré datos precisos sobre la ubicación del lugar. Aunque en las Provincias del Noroeste sigue habiendo muchas y muy pequeñas poblaciones, villorrios, como les llamaba Anguía, ninguna de las que él menciona, a excepción de Santa Clara, que ahora se llama Ciudad Vergel, aparece en los mapas. Por lo demás, se sabe que en las zonas de conflicto los pueblos se desdibujan con frecuencia.

De igual manera, al preguntarle al administrador de la vecindad por el origen de Anguía me aseguró no tener ningún dato, pues ya era inquilino antes de que él asumiera el cargo. En todo caso, ¿a quién en su sano juicio podría interesarle semejante información? ¿Para qué alguien necesitaría saber el lugar de nacimiento de un vecino extraño y retraído, ridículo y feo, cuya apariencia asustaba a los niños y repelía a los adultos?

Si he decidido publicar las notas de Anguía es por las siguientes razones:

1. Porque por fin, después de mucho buscar, encontré a alguien interesado en hacerlo.

2. Porque tengo la esperanza de que, al leerlas, alguien reconozca su contenido y me proporcione el nombre de “estas tierras”. Desde ahora agradezco a ese generoso lector la información que,

quizás en una segunda edición, si es que este libro llega a tanto, será asentada como corresponde.

3. Porque desde el principio me llamó la atención la manera en la que están estructuradas, todas construidas con tres larguísimas oraciones, plagadas de conectores, como si fueran un distendido tricolon barroco. Sin embargo, como enseguida explicaré, esto no es una simple argucia literaria, sino el fiel reflejo de una forma de hablar y, más aún, la muestra concreta de una manera de estar en el mundo.

En efecto, el Corvo era retraído, hablaba poco y, cuando lo hacía, su lenguaje parecía anticuado, lleno de cultismos y palabras en desuso, aunque también de frases hechas, extensas y efectistas. Augusto Anguía se expresaba como si su oralidad se hubiera construido no a partir del diálogo cotidiano con sus semejantes sino gracias a la lectura de obras superadas por el tiempo. Examinando su biblioteca pude confirmar que carecía casi por completo de autores contemporáneos, que sólo leía a escritores, filósofos e historiadores de otras épocas. Su lenguaje, entonces, resultaba tan artificioso y rebuscado como el de esos libros, lo cual hacía que nadie soportara charlar con él más de cinco minutos. De esta manera, si Anguía callaba frente a sus vecinos no era porque se sintiera superior a ellos o porque le aburrieran, sino porque sabía que no querían escucharlo. La “naturaleza artificial” de su lengua, si se me permite el oxímoron, era tan acentuada que lo apartaba del mundo. En ese sentido, aunque sus notas son apenas un remedo de lo que Anguía lograba “en vivo”, también son el reflejo fiel de un mundo propio que se fue construyendo a partir de la anulación del mundo real.

4. Porque, como habrá notado el lector, Anguía rescata muchas anécdotas que son propias, así sea de forma indirecta, de la llamada

intelligentsia de su pueblo. En una época en donde la mayoría de la población era analfabeta —y la poca que sabía leer y escribir no se interesaba por “las cosas del espíritu” —, no deja de ser encomiable su labor de búsqueda y rescate.

Es probable, incluso, que esta característica explique también por qué sus notas le parecían *estimables*. De hecho, después de mis críticas, hubiera sido sencillo sustituir el título general del proyecto por otro más poético o metafórico, pero con ello se habría perdido justo lo que el autor buscaba: mostrarle a su lector lo que él creía digno de apreciación en la vida de los habitantes de un pueblo como el suyo.

Así, pues, los apuntes de Anguía, a pesar de no estar escritos ni estructurados como una historia, son dignos de atención, pues reflejan la constitución intelectual de un sujeto dedicado a perseguir su obra. En efecto, la *Historia estimable de estas tierras* podrá no ser histórica, pero en todo caso es atendible como documento íntimo que delinea con claridad la tenacidad de su autor. Si Anguía me legó esas páginas y no otras fue porque sólo ellas podían dar cuenta de su paso por estas tierras, las nuestras.

A principios de 1981 Anguía cayó enfermo. Después de varias semanas con gripe, los médicos le diagnosticaron una severa neumonía. Su negativa a internarse y la humedad de su vivienda agravaron su padecimiento. Más desvalido que nunca, dormía mal y apenas comía.

Dos semanas antes de morir, sin previo aviso, una “prima” suya se apersonó en la vecindad y comenzó a llevarse sus cosas,

incluyendo libros y papeles. En pocos días vació la vivienda, dejando sólo la cama donde descansaba el enfermo, un buró y una parrilla eléctrica. Ante esas maniobras, Anguía me sonreía desde su lecho, impasible. Buscaba tranquilizarme restándole importancia al asunto.

Una noche, fatigado por la fiebre, me entregó un cuaderno que sacó de debajo del colchón. Era un cuaderno delgado y corriente de tapas verdes. Con dificultad me dijo que contenía las notas en limpio sobre su pueblo y que “por nada del mundo” se lo entregara a la mujer que había venido por sus cosas. Lo guardé de inmediato con la intención de hojearlo a la menor oportunidad. Su deceso, ocurrido al día siguiente, me dolió tanto que no reparé en el cuaderno hasta un mes después, cuando preparaba mi mudanza a otro “departamento” más confortable.

Ahora creo que esas notas, a diferencia del resto de sus papeles, eran lo más cercano a una obra escrita por Anguía. Y creo también que al dármelos intentaba, más que alejarlos de aquella mujer, preservarlos para la posteridad. Aunque jamás me dijo qué hacer con ellos, estoy convencido de que el Corvo intentaba demostrarme que no era un escritor sin obra, que no había pasado en vano por este mundo. Quizás harto de bocetos, apuntes y preparativos buscó terminar algo, aventajarse, como dice Salustio, del resto de los animales, así fuera en sus últimos días. No hacerlo habría significado condenarse inexorablemente al anonimato. Ese anonimato que, por ejemplo, sepultó para siempre la identidad del excéntrico personaje que hace más de medio siglo, en las mismas tierras de Anguía, escribió sus andanzas como exterminador de moscas.

Índice onomástico

Aburto Andrade, Abdías: 119.
Agudelo, Tulio: 61, 62.
Albricia: 140.
Amparán, Odorico: 20.
Andrade, Ruperta: 120.
Anguía *el Corvo*, Augusto: 11, 145, 147, 148, 149, 150, 151, 152, 153.
Aragón, Honorato F.: 131.
Arias Mercado, Palomino: 17.
Argüelles, Luis Atilio: 138.
Arriola, Lautaro: 109.
Avendaño, Indalecio: 13, 14.
Bachita: 85.
Baranda *el Trasunto*, Zacarías: 139, 140.

- Baranda, Wenceslao: 139.
Baroja, Silvina: 112.
Barquín, Milton: 47.
Barrientos, Dionisio: 59, 60.
Bartolo, Noé: 141.
Belcebú o Señor de las Moscas: 40, 57, 128, 129.
Beltrán, Celina: 63, 64.
Benavides, Arnulfo: 95.
Bermejo, Facundo: 15, 29.
Bernede, Gerda: 19, 20.
Bernede *Herr Professor*, Heinz Rudolf: 19, 20.
Bonilla *el Negro*, Tirso: 88.
Briceño, Epifanía: 135.
Buquet, Édouard: 84.
Cánovas, Mariquita: 131.
Cánovas Goytisoló, Elpidio: 131, 132.
Cárdenas *el Mago del Cauro*, Quintín: 63, 64.
Carrera, Gumaro: 117.
Casamayor *el Maestro de la Pradera*, Brígido: 49, 50.
Casamayor, Melquíades: 49.
Castelló, Álvaro (v. Elcano, Filiberto): 141, 142.
Cetina, Beatriz: 79.
Chicolini, Delia: 23, 24.
Cimate, Hilario: 64.
Ciprián, Miguel: 13.
Clavijo, Lamberto: 28, 144.
Corcuera, Leovigildo: 124.
De Ortuño y Calveyra, P. Agustín: 133.

- De Villafañe, Hernando: 108.
- De Winter, Christopher Alexander (v. Orihuela, Cristóbal): 111, 112.
- Del Carril, Marcio: 59, 66.
- Del Río, Mercedes (Meche): 66.
- Denegri, María de la Concepción (Concha): 70.
- Dimas, Blanca: 43, 44.
- Donoso, Diana: 136.
- Dueñas Baz, Francisco: 99, 100.
- Dueñas Ercilla, Servando: 34, 35, 36, 99.
- El Gran Laertes: 31.
- El Matador de Moscas: 11, 34, 35, 37, 53, 55, 56, 57, 71, 73, 75, 77, 91, 99, 101, 105, 125, 129.
- Elcano, Filiberto (v. Castelló, Álvaro): 141, 142.
- Escalera, Saturnino: 95.
- Esquerra, Paz: 25, 26.
- Espejo, Apolinar: 31.
- Falla, Dalmiro: 109, 110.
- Fernández, Modesto Torcuato: 45, 46.
- Figueroa, Herlinda: 91.
- Fuentealba, Gral. Abundio: 15.
- García, Antenor: 65.
- Garnica, P. Fabio: 26, 81.
- Gasca, Venerando: 29.
- Góngora Sentíes *el Alacrán*, Nicanor: 135.
- Gonzaga, Euclides: 15, 16, 143.
- Grijalva Canales, Victorio: 137.
- Gutiérrez Tijerina, Odilón: 69.
- Herrán Cota, Tarcisio: 132.

- Hidalgo, Valentino S.: 69.
Hijuelos, Nicasio: 139, 140.
Islas, Ciriaco: 27.
Jaimes, Apuleyo: 85.
Jaso, Ambrosio: 71, 92.
Jaso, Heliodoro: 71, 72, 91, 92.
La Modosita: 16.
Lanza, Humberto: 61.
Lamilar, Ernesto: 32, 33.
Lamilar, Giovanna: 32, 33, 34.
Lazo, Ludmila (Fulana): 97.
López, Selma: 31.
Lorenzana, Clemente: 47.
Llanes, Miriam: 81.
Llanes *Frata Mistagogo*, Moisés: 81.
Machaín, Pastora: 115, 116.
Mancilla, Segismundo: 108.
Marchant, Achille: 23.
Marchant, Anatole: 23.
Martínez Calleja, Inocencio (Chenchito): 16, 123, 124.
Martínez Vega, Tabaré: 16, 87, 88, 93.
Mejía, Engracia: 98.
Mejía, Prisciliano (Zutano): 97, 98.
Mina, Apiano: 61, 89.
Montero *la Tierna*, Josefina: 43.
Narváez, Pánfilo: 27.
Navarro, Argenis: 14.
Nebrija, Jacinta (Chinta): 65.

- Nebrija, Marcial: 65.
Nevarés, Artemisa: 15, 16.
Nieva, Basilio: 83.
Nieto, Tamara: 27.
Noguera, Polifemo: 70, 89.
Ontiveros, Ifigenia: 28.
Orihuela, Cristóbal (v. De Winter, Christopher Alexander): 112.
Ortiga, Samael: 31.
Palacios, Anita: 62.
Pardo, Adán: 50.
Pereda, Esclavitud: 123.
Pinel, Philippe: 23, 24.
Quevedo, Maximiliano: 45, 46.
Quijada, Praxedis: 107.
Quijada, Rodolfo: 107, 108.
Quintanilla, Onfalia: 93, 94.
Ramírez, Consuelo Berciano (Chebe): 95, 96.
Reyes, Macedonio: 88, 93.
Ribas, Aquilino Samuel: 17, 18.
Rizo de Luna, Angelita: 21, 22.
Rodríguez, Isabel: 104.
Romero Ballester, Fidias: 25, 26.
Salas Zúñiga, Epifanio: 17, 18.
Samaniego, Fidel: 144.
Santos, Medardo: 141, 142.
Sarmiento, Raimunda: 67, 68.
Silva, Ponciano: 31.
Tenorio Viñas, Silvestre: 99.

- Tercero Tizón, Atenea: 134.
Tercero, Bernabé: 133.
Tercero Tizón, Fausto: 134.
Tercero, Martín (Tincito): 134.
Tío Leonardo: 71, 72, 91, 92.
Tío Luciano (Chano, Chanito): 40, 41, 56, 57, 75, 77, 91, 103, 104, 105, 127, 128.
Tizón Arteche, Mariana: 133, 134.
Traverso, Lázaro: 51.
Ureña, Ataúlfo: 143.
Valdemar, Arz. Eleusis: 109.
Vallarino, Cornelio: 114.
Valle, Sgto. Sancho: 46, 65, 96.
Venegas, Dr. Félix Arcadio: 29, 44, 51.
Venegas (hijo), Dr.: 51.
Verdejo, Salvador: 67, 68.
Vivanco, Otón: 25, 26.
Zaldívar, *Lapo*: 33.
Zayas Moncada, Gilberto: 23.

Índice

- 11 Nota del editor
- 13 A mediados de 1893...
- 15 Facundo Bermejo me contó...
- 17 Según Aquilino Samuel Ribas...
- 19 Por más de diez años...
- 21 En el Archivo Histórico de estas tierras...
- 23 Aunque ningún historiador lo corrobore...

- 25 Fidas Romero Ballester, linotipista...
- 27 Refiere Pánfilo Narváez...
- 29 Con esa sonrisa estúpida...
- 31 El 18 de mayo de 1924...
- 33 Aunque Ernesto Lamilar...
- 35 Escribe don Servando Dueñas Ercilla...
- 37 Memorias del mui insine Matador de Moscas, heroe anonimo desta comunidad (I)
- 43 De todas las muchachas...
- 45 Después de ganar...
- 47 Después de veintisiete años...
- 49 Auspiciada por la Asociación de Artistas...
- 51 El único nieto del estanquero...
- 53 Memorias del mui insine Matador de Moscas, heroe anonimo desta comunidad (II)

- 59 La toma del San Javier ocurrió en el verano...
- 61 Insufrible alcalde de estas tierras...
- 63 Asociándose con sus cuatro hermanos...
- 65 El lunes 5 de junio de 1933...
- 67 Cuenta el escritor Salvador Verdejo...
- 69 El día en que Valentino S. Hidalgo...
- 71 Obtuve la tercera entrega...
- 73 Memorias postumas del mui insine Matador
de Moscas, heroe anonimo desta comunidad (III)
- 79 En la llamada “zona de tolerancia”...
- 81 Cuando no estaba en la iglesia...
- 83 De la retahíla de extravagancias...
- 85 Uno de los huéspedes...
- 87 Tabaré Martínez Vega...
- 89 Me dice Polifemo Noguera...

- 91 En mi segunda y última entrevista...
- 93 Onfalia Quintanilla, la famosa madama...
- 95 Para obtener un ingreso extra...
- 97 Zutano y Fulana, llamados así por amigos...
- 99 Francisco Dueñas Baz...
- 101 Memorias postumas del mui insine Matador
de Moscas, heroe anonimo desta comunidad (IV)
- 107 Me dicen que Rodolfo Quijada...
- 109 El cartero Dalmiro Falla...
- 111 Con el pretexto de veranear en estas tierras...
- 113 Aparece en la *Gaceta Capitular*...
- 115 Doña Pastora Machaín...
- 117 Llama mi atención una crónica...
- 119 Ganador de un accésit...
- 121 En mi excursión a la Gruta del Ahorcado...

123	A pesar del trágico final...
125	Memorias postumas del mui insine Matador de Moscas, heroe anonimo desta comunidad (V)
131	Tras cuatro décadas de practicar...
133	Hojeando la <i>Herbolaria divergente</i> ...
135	Fue en el otoño de 1957...
137	Victorio Grijalva Canales...
139	Don Nicasio Hijuelos, diligente exsombrerero...
141	De febrero a septiembre de 1959...
143	En su <i>Jardín de recuerdos imborrables</i> ...
145	Apéndice: el Corvo Anguía
155	Índice onomástico



Historia

estimable de estas tie-

rras, de Lobsang Castañeda, se ter-

minó de imprimir en diciembre de 2018, en los

talleres gráficos de Universal GP, S. A. de C. V., ubicados

en Ayuntamiento núm. 27, colonia Del Carmen, delegación

Coyoacán, C. P. 04100, Ciudad de México. El tiraje consta de mil

ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica Borges,

de Alejandro Lo Celso, de la Fundidora PampaType. Concepto edi-

torial: Félix Suárez, Hugo Ortíz, Juan Carlos Cué y Lucero Estrada.

Formación, portada y supervisión en imprenta: Juan Carlos

Cué. Cuidado de la edición: Laura Zúñiga Orta y el

autor. Editor responsable: Félix Suárez.

